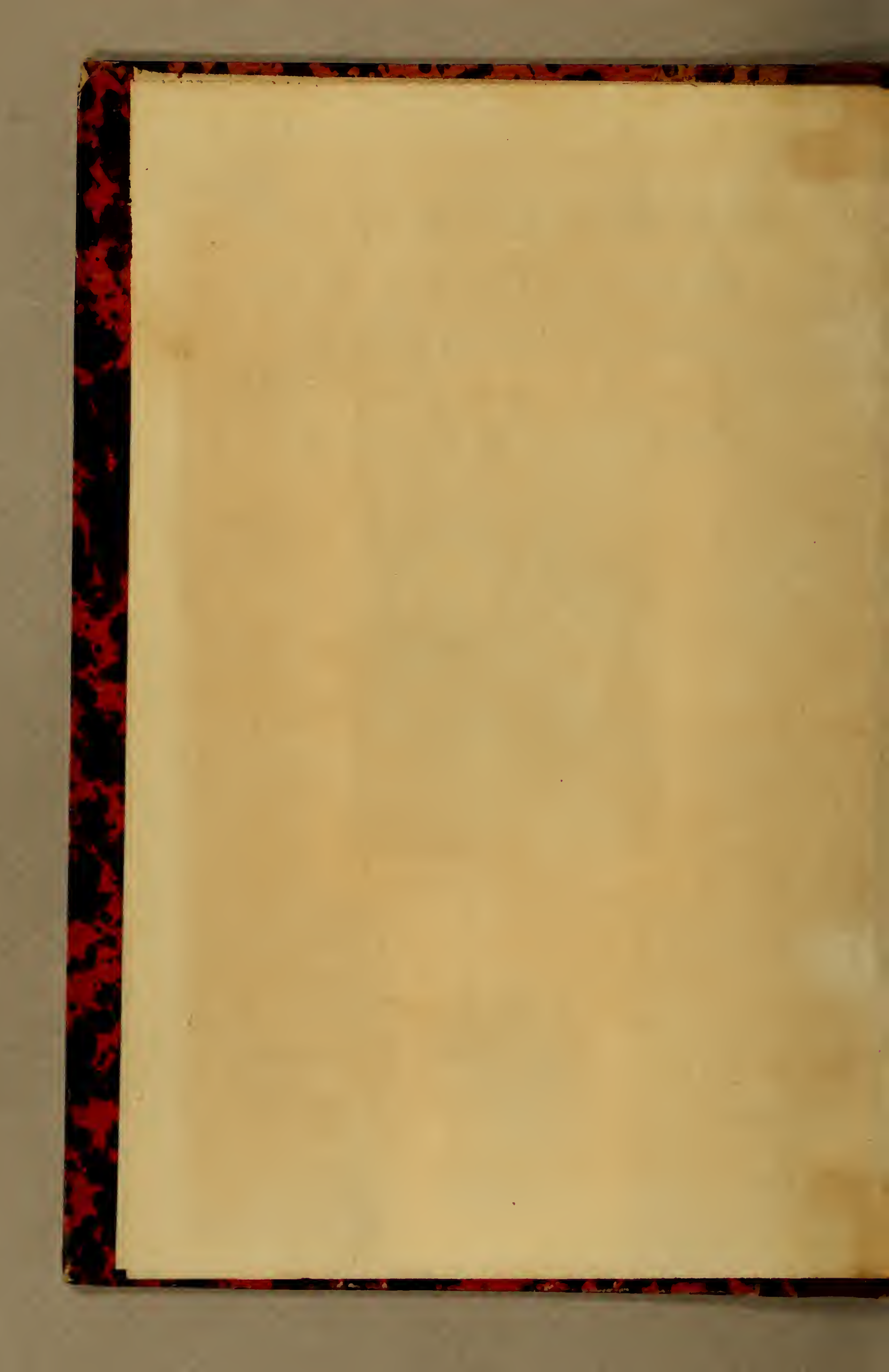



EX LIBRIS.
LUIS MONTT
CLOTILDE L. d. MONTT


John Carter Brown
Library
Brown University

Hold this dup. Copy I with
Mexican Binding has
wormholes in last
few leaves affecting
text and margins.



40 ✠ 193

CARTA DE EDIFICACION

DE LA EXEMPLAR VIDA Y SANTA

MUERTE

DEL M. R. P. DOCTOR MARTIN DE ANDRES Perez, de Nuestra Sagrada Religion de Clèrigos Reglares Ministros de los Enfermos, Lector Jubilado y Rector de Nuestro Colegio de San Carlos de la Universidad de Alcalà, Prefecto de nuestras Casas del Noviciado y Profesa de Madrid, veinticinco años Vice Provincial en este Reyno del Perù, Catedràtico de Prima de Sagrada Teologìa en la Universidad de Lima, Consultor, Calificador y Juez Comisario de este Santo Oficio de la Inquisicion, Confesor del Ilustrìsimo Señor Arzobispo Doct. D. Diego del Corro, Consultor Teòlogo de su Dignidad Arzobispal, &c.

QUE ESCRIBIA AL M. R. P. BARTOLOME CORELLA, Provincial de la Provincia de España

EL M. R. P. FRANCISCO GONZALEZ LAGUNA, Vice Provincial de dicha Religion en este Reyno, Examinador Synodal del Arzobispado de Lima: Consultor, Calificador y Juez Comisario extraordinario del Sto. Oficio de la Inquisicion de los Reyes, &c. en ocho de Septiembre de mil setecientos y setenta, habiendo fallecido dicho R. P. el quince de Agosto del mismo año.

Impresa en la Calle de San Jacinto.

M. R. P. Provincial Bartolomè de Corella.

PAX CHRISTI.

NO sè si sea desgracia, ò fortuna nuestra, la que me da motivo à dirigir à V. R. estas letras. Por ellas me veo necesitado, en cumplimiento de nuestra Santa Regla, à noticiarle la muerte de N. M. R. P. Martin de Andres Perez, Vice Provincial de nuestra sagrada Religion en este Reyno del Perù. Es en efecto muy doloroso el desfalco de un Sugeto, que nos era tan recomendable por su literatura y oficio: que tan dilatada hizo nuestra dicha en la suavidad, justificacion y exemplo de su gobierno. De un Sugeto, en quien lo menos que ha perdido nuestra Familia, ha sido su nombre y la gloria que le traxeron sus respectos; faltàndole en sustancia en su persona un Fundador, titulado por sus mismos hechos: un Màrmol robusto de su Religiosidad: un Volùmen animado de nuestra San-

Santa Regla; y un Obrero indefeso de nuestro angèlico Instituto. Mas no es ajeno de mi sentir contemos entre nuestras dichas esta orfandad; no solo por el consuelo que nos inspira aquella verdad del Espìritu Santo: *Justus autem si morte præoccupatus fuerit, in refrigerio erit*: habiendo nuestro Padre acabado una vida tan llena de trabajos, que ella misma pudiera desmentirse el nombre: no solo por haber elegido el Señor para si lo que no eramos dignos de poseer: no solo por haberle sacrificado en las aras de la resignacion la prenda mas estimable que encerraban nuestros Claustros; sino es por habernos dexado en sus hechos à todos los que por Instituto profesamos una vida mista que tanto declina en externa, un modelo el mas proporcionado que podiamos desear para nuestra edificacion. V. R. lo verà por la relacion que de su loable vida y buena muerte voy à hacer.

Si yo hubiera de bosquejar la interior fisonomìa de su naturaleza, à primera

vis-

vista qualquiera la calificarìa de inepta para la Santidad. Un genio tenaz, dominante y altivo: una complexîon càlida, biliosa y voraz: una imaginativa traviesa, veloz y penetrante: un espìritu tètrico, àrido y duro: una inclinacion viva à la magnificencia, al esplendor, à la prodigalidad, eran todo el caràcter de su hombre inferior. Qualidades todas, que entendida la violencia con que contradicen y estorvan obrar segun la recta razon; la eficacia con que resisten aquella uncion amorosa que es toda la suavidad del yugo del Señor; se viene en conocimiento de que solo por singular virtud del muy alto pudieran vèrse en su alma los triunfos, las iluminaciones, los carismas, los privilegios que son propios de los perfectos. En efecto asì hubo de ser; porque V. R. lo verà: aunque dominante, obediente: aunque altivo, humilde: aunque tenaz, dòcil. Lo verà: aunque càlido, casto: aunque colèrico, manso: aunque voraz, templado. Lo verà: aun-

que melancòlico, tratable: aunque àrido, tierno: aunque duro, compasivo. En fin; aunque muy maniroto, pobre verdaderamente evangèlico; y aunque de potencias muy alteradas, siempre firme en el servicio del Señor, fuerte para emprender lo mas heroyco por su gloria: y aunque no regalado como otros espiritus; pero sì dotado de aquellos privilegios, que nò solo nos los demuestran agradables à Dios, sino muy agradables y dispensadores de sus mayores gracias. Darè principio con la protesta que debo, y à que me obligan los Decretos del Vaticano.

§. I.

NAciò N. P. Martin de Andres en la Villa de Castilmimbre, una de las Poblaciones de la Provincia de la Alcàrria en Castilla y Obispado de Siguenza, el año de mil seiscientos noventa y ocho. Sus Padres, que fueron honestos y piadosos, obraron en su

nacimiento como si presagiaran el destino con que Dios lo echò al mundo ; pues saliendo à luz el quatro de Febrero, dia en que se celebra la octava de San Julian Obispo de Cuenca, le pusieron en el baptismo el nombre de Martin ; paraque en la tutela de estos dos grandes modelos de la misericordia tuviese proteccion segura su vida, y su memoria este poderoso aliciente en las funciones de su profesion. Desde sus tiernos años descubriò el Niño un natural ardiente, una condicion libre, una vivacidad bulliciosa, un genio imperioso y tan inclinado à la elevacion, que no toleraba rebaxa entre ninguno de los compatriotas de su edad. Aplicàronle al estudio de las primeras letras, y venciò sin violencia hasta las dificultades de la latinidad. El quisiera proseguir en demanda de las ciencias mayores ; porque su ingenio, y zelo de saber, le ofrecian facil el camino de conseguirlas. Mas sus Padres, que à esmeros de su disciplina miraban ya en èl un

jò-

jòven morigerado que podìa continuar con decoro su descendencia, lo intentaron inclinar al estado del Matrimonio que èl para sì aborrecia. Resistiòles con rigor, meditando el destino mas perfecto que era el de la Iglesia. Pero el Demonio, que desde esta ocasion empezò à temerle, induxo à una deuda suya, moza y bastante resuelta, paraque armara de su misma desenvoltura el lazo mas poderoso à su castidad. Diòle fieros quanto repetidos asaltos: mas desairando con injurias sus caricias, estuvo rebatiendo este y otros peligros hasta la edad de veintiun años. Cansado de lid tan peligrosa, no sabìa donde hacer fuga para poner su limpieza en seguridad. Tràxole el Señor à vèr los exemplos de caridad, que en la asistencia de los Enfermos de su Patria se admiraban en un Religioso nuestro que allì morò algun tiempo: y tanto movieron su corazon, que vino à resolverse y dexar el siglo por abrazar nuestro Instituto. Fue recibido con

bene-

benevolencia, aun reconociendo los Padres no era su edad la mas proporcionada para dedicarla al estudio: mas el Novicio que siempre abundò de generosos pensamientos, redimiò en breve la vexacion de aquella desconfianza. En la celeridad con que se hizo capaz de quanto le sugeria el Maestro, se viò el mayor presagio de lo que habia de adelantarse en doctrina y religiosidad: esta fue desde aquellos principios todo el atractivo de su corazon. No estudiaba regla, que no la gravase en su alma indeleblemente con su observancia: ni veia executar obra que pareciese ilustre, que no emprendiese con ventajoso valor. Llegò en fin à ser mirado con emulacion aun en aquellos principios: tal era su observancia, su mortificacion, su obediencia, su humildad y caridad con todos.

Acabado su Noviciado, se le aplicò al Estudio de Filosofia y Teologìa: y en cinco años concluyò estas dos Facultades con admiracion, y con tanto aprovecha-

miento, que luego le remitiò Nro. Rmô. General Gaspar Ricciolo Patente de Maestro para nuestro Colegio de Alcalà. Ya se hallaba ordenado de Sacerdote: caràcter, que aunque diò que repugnar mucho à su humildad, abrazò su zelo gustoso, por entregarse mas ampliamente à las gloriosas tareas de nuestro Instituto. Acaeciòle en este tiempo un lance muy sensible; pero de que se valiò el Señor para mas acendrarlo y sugetarlo. Habìa puesto Nro. Padre tan ìntimamente su voluntad en aquel Religioso que fue instrumento de su vocacion, (se cree fuese Nro. P. Juan Garcia, ornamento de nuestra Provincia) que vivia como encantado de sus laudables operaciones. Llamòlo el Señor al premio; y Nro. P. que tenia en èl depositado su corazon, se sintiò tan movido, que pactò con Dios no ponerlo jamas en criatura; y nunca se dexò avasallar despues de otro afecto que el de su Dios inmortal. Con èl murieron sus parientes y amigos: y solo tratò de

imi-

imitar el desasimiento y caridad de nuestro Santo Patriarca. Sin defraudar à la Càtedra el tiempo de la enseñanza, èl se hacìa lugar para visitar los Enfermos. Florecìa por entonces en nuestro Colegio aquel insigne varon el P. N. de Santos, cuya caridad exîmia perpetuò su memoria en Alcalà. De este ilustre operario vivia perpetuo emulador nuestro Padre: y ya que no podìa alternar con èl y los demas Religiosos las vigilias nocturnas sobre los Enfermos por su ocupacion de Escuela; se desquitaba en el dia, visitando entre otros el Hospital que llaman de la Antezana. Este Hospital, à quien hicieron famoso el admirable quanto venerable Siervo de Dios Fr. Francisco del Niño Jesus, Descalzo Carmelita, y el Patriarca San Ignacio de Loyola con los empleos de su caridad, puede testificar ¡ quantas veces se entraba el P. Martin por sus puertas à respirar de las fatigas de la Palestra con el afan y servicios à que lo constreñia su zelo! ¡ Quantas veces

acalorado de los argumentos, (que no poco suelen resfriar el espìritu) se empeñaba en las exôrtaciones: se enardecìa è inflamaba de otro mejor incendio, no solo su corazon sino el de los tristes dolientes que lo escuchaban. No faltaba quien envidioso, ò menos ferviente, le motejase por estas obras de inestudioso: mas èl siempre despreciò estas hablilias con la prosecucion de ellas, y la memoria de las palabras del erudito y fervoroso Francisco Fitelmàn en caso semejante: *Hi sunt mei Chrysostomi*, (decìa por los Enfermos) *hi sunt mei Augustini, quia supereminet scientiæ charitas Christi*. Esta aplicacion le ofreciò algunos lances en que luciò no poco su literatura y su piedad: y estos pudieran ilustrar la Historia, si el P. Martin no hubiera sido tan recatado en manifestar acciones de que podìa sobrevenirle qualquier aplauso: y su cautela y la distancia de los testigos nos obligan al silencio. Mas no se crea que por estas ocupaciones se le vie-

se jamas, ni menos tenaz en el Estudio, ni menos puntual à su Càtedra, ni menos facundo en la explicacion, ni menos vigoroso en sus argumentos. En estos siempre se viò, que la mayor parte de su energìa la costeaba su devocion. Ya fuesen las funciones de Sagrada Teologìa, ya fuesen de Santa Escritura, entre ciento y cincuenta Theses que ofrece la Tabla en aquella Universidad, no le faltaba una en quien su piedad se cebase. Elegìa el medio, no mas ingenioso sino mas devoto: y subia à la Palestra arrojando en los sylogismos otros tantos rayos de fuego, como si allì fuese llevado à expugnar corazones, como à propugnar sentencias. Mas no era esto con fastidio del congreso, donde por lo comun se tienen por importunas estas anagogias. Haciàlo con tal donaire, claridad y gracia, que se esperaba su argumento, como un plàcido parèntesis entre el ardor de la contienda de unos, y el laberinto de los discursos de otros.

Hicièronle Rector de nuestro Colegio de San Carlos de Alcalà, y fue para mayor tarea de sus talentos. Puesto por el Oficio su espìritu en franquìa, se descubriò nìmiamente zeloso de la regular observancia, de las letras, de la asistencia de los enfermos. En todo trabajaba como si èl fuera la mayor parte de aquella Comunidad: y estimulaba à cada uno como si en solo èl tuviera la Religion vinculados todos sus desempeños. Pocas veces se habia visto este Colegio en movimiento mas continuo ò mas ardiente. En èl concluyò los doce años de carrera escolàstica de nuestra Constitucion: y jubilado, fue la Religion promovièndolo à otros destinos. Celebròse en Roma nuestro Capìtulo General: y siendo nombrado de Asistente por nuestra Provincia el Rmo. P. Francisco Perez Moreno (que en el mismo Capìtulo fue nombrado Prefecto General) lo eligiò por su compañero: y el P. Martin lo siguiò gustoso, por lograr adorar las Sagradas Reliquias

de

de los Prìncipes de la Iglesia. Pasando por Zaragoza, fue à visitar el Templo del Pilar, con tan buena oportunidad como le habian propuesto sus deseos. Luego que entrò en su Capilla, registrò que à peticion de un Personage se abria el Tabernàculo, y llegaban los Fieles à adorar la celestial Imàgen de Marìa Santìsima, besàndole la mano que hicieron las de los Angeles. Introdùxose luego en la turba: subiò intrèpido la escala, y al carearse con el Sagrado Simulacro, quedò inmoble del espanto. Representòsele la Reyna de los Cielos en aquel abreviado bulto, tan grande y tan revestida de Magestad y Soberanìa, que como fuera de sì solo pudo rendirle el corazon; pero nò sus labios à la santa demostracion que deseaba. Tuvieron que apartarlo, segun el barruntò despues; porque sin saber como, se hallò en medio del Templo desconsolado y afligido, por vèrse como excluido de la felicidad que habian logrado hasta los rapaces; mas tan saboreado de la inte-

rior

rior representacion de la amabilidad y grandeza de su Reyna, que se empeñò en no salir del Templo mientras esta Señora no le echase su bendicion con la mano misma que no le habia permitido besar. Viò à poco rato que no era de piedra el objeto à quien dirigia sus sollosos; porque tal fue la avenida de consolacion, de ternura, de làgrimas, que llegò bien à entender y sentir haber logrado de Marìa Santìsima la merced que habìa implorado: y si antes no queria salir de quejoso, ya no podia salir de agradecido. Duròle toda su vida este agradecimiento, y asì se le conocia quando se ofrecia mencionar alguna vez este Santuario. Pasò por Loreto, cuyo pavimento regò tambien de sus làgrimas, sin querer apartar sus labios de donde puso los pies la gran Madre de Dios. Confesaba que de allì saliò arrancado; porque no acertaba à dexar con el lugar las avenidas de consolacion que entraban en su pecho, al poner sus ojos en cada uno de aquellos

monumentos de la Divina Encarnacion. En Roma, ya entràse en el Vaticano, ya en las sagradas Catacumbas, ya en alguna de aquellas devotas Basìlicas que eran sus regulares estaciones, siempre era ansioso de beber cómo en otras tantas fuentes el espìritu Apostòlico. Cada vez que entraba en el grande Hospital de Santispiritus, que nuestro Santo Fundador siempre tuvo por jardin de todas sus delicias, se sentia interiormente movido: renovaba sus propòsitos: encendia sus deseos, y reproducia el pacto de ser su imitador. No hubiera salido nunca de aquella Corte Santa; mas fue preciso volverse à España, donde à poco lo hicieron Prefecto de nuestra Casa del Noviciado de Madrid.

¡Quien puede decir lo que aquì trabajò en aquel tiempo, no solo en lo econòmico, y espiritual de la Casa, sino en la mies que ofrece el emporio de aquel Hospital General que tiene enfrente! Aquì los dias le eran cortos: las horas de la no-

che se le aceleraban, y siempre se retiraba desconsolado de no haber llenado à sus deseos las medidas y à todo el Hospital de consuelos. Con ser este tan dilatado y suntuoso, vivia siempre envidiando un caudal de Monarca para fabricarlo con magnificencia mayor, y que sus pobres estuviesen en èl como en Tabernàculo; venerados de todos, desahogados, contentos y asistidos de todo regalo, y asì era con ellos su esmero, su afan, y queria fuese el de todos.

Poco tiempo le durò este empleo. Fue necesario promoverlo à la Prefectura de nuestra Casa Profesa; donde el mayor nùmero de Individuos diò en algunos menos activos bien en que probar su paciencia. Un espìritu que à la Regla no defraudaba en un àpice: un natural ardiente, en quien su zelo se aseguraba de intrèpido: un corazon insaciable de obras de misericordia, y que no perdonando à inclemencias ni à riesgos, à quien primero amenazaba de

muer-

muerte con sus fatigas era à su vida propia; puso en pavor à algunos que no tenian comprehendido cifrarse la liviandad del yugo de Cristo en lo bien ajustado de la coyunda y en la fortaleza del brazo que la ciñe. Aun antes de poderlo experimentar, levantaron la voz, confesando no poder caminar à su paso, aun quando su prudencia quisiese atemperarlo. Esta repugnancia, que para otro pudiera ser asunto de afliccion, fue para Nro. P. de especial consuelo, y una especial providencia de Dios para traherle à este Reyno. Buscàbanse en la ocasion Operarios para la Fundacion de Lima, à la qual se hallaba fuertemente inclinado por dar pasto proporcionado al zelo que lo consumia. Reconociò oportuna la ocasion de renunciar la Prelacìa: y executada y admitida, pasò sin demorarse à alistarse en la Mision. Agregànsele tres Compañeros: nòmbranlo Superior de ellos; y puesen camino, no pasa por Ciudad adonde no pregunte por el Hospital: adonde no se encami-

mine, y en donde no dexe bien sensibles vestigios de su misericordia. Embarcòse para las costas de la Amèrica Septentrional: y fue lo mismo entrar en el Bagel, que convertirlo en Templo, donde tanto se adoraba à Dios como se navegaba, permitièndolo asi la buena condicion del Capitan. En sacrificios, en exôrtaciones, en preces diferentes se hallaba haberse evacuado el dia y mucha parte de la noche; y esto mismo (sin embargo de los muchos trabajos que acaecieron) se actuò en todas las derrotas de mar y tierra hasta llegar à esta Capital.

§. II.

ENtrò Nro. P. Martin con todos sus compañeros en esta Ciudad de Lima como al teatro que el Señor le habia destinado para palenque de sus afanes. Hallò la Fundacion muy en principios, con pocos medios, con tres solos Operarios; y aunque acreditado nuestro Instituto, de muy po-

ca utilidad en Ciudad tan populosa y tan poco surtida de Ministros para la ùltima hora. Una Fundacion sin fondo: un Convento aun sin cimientos: una Poblacion vasta, sedienta por todas sus partes de auxîlio oportuno y nada cargoso è interesado; fue el terreno que ofreciò el Padre de Familias à este Obrero Evangèlico para desempeño de sus divinos designios. Bien pudiera haber desmayado al vèr lo que tenia que vencer con su sudor: mas no fue asì. Reconociò que el Dios que lo trahia, habia de ser en su auxîlio: y constituído Prelado, hizo empeño de alentar à sus Sùbditos con su misma aplicacion. Entregòse à visitar todos los Hospitales de la Ciudad: à buscar los Enfermos mas destituidos, de Indios, Negros y otras Castas que se escondian en los tugurios mas pobres: en especial los Indios llamaban mas su atencion, por vèrlos mas desamparados, mas ignorantes y con mas derecho que otros à la cristiana piedad. Explicàba-

les el Catecismo : los instruia en el modo de confesarse y despues los confesaba con toda la paciencia que demanda su torpeza. En sus casas, olvidado de sus respetos por solicitarles su comodidad, se quitaba el manteo, los acariciaba, los alimentaba con sus manos. Con ellas les hacia algunos remedios : soplaba la lumbre para calentar el caldo, y aun sabia en ocasiones barrerles y limpiarles la casa quando estaba inmunda. Con estos oficios practicados con los pobres, fue su fama introduciendose en las principales casas, donde executaba si nò todo aquello, à lo menos quanto podia no hacerse de notar, donde estos actos no se miran con la sencillez que en los tugurios. Este exemplo del Prelado ¿ còmo estimularìa à los Sùbditos? Andaban de ordinario en competencia quando llamaban, sobre quien habìa de anteponerse para aquella tarea ; y Nro. Padre dirimia de ordinario, tomandòsela para èl. Intimàbales à menudo nuestra nunca bien loa-

da

de Regla del desintéres, y no osaban tomar en casa de los enfermos ni aun el agua que bastase à refrigerar su sed. Tanta era la ocupacion y la fatiga, que no parecia tener lugar ni aun de saciarla en su claustro.

No faltò quien, vièndolos tan desvelados y tan sin medra, le asegurase que en breve remataria la Fundacion en vez de concluirla. Habìan ya pasado à mejor vida entre las mismas fatigas del Ministerio dos de los Compañeros que habìa trahido, el Padre Juan Martinez y el Padre Bartolomè Bergès: mas èl sonriendose, dixo: que su Santo Cristo y su sudor traherian las creces que tan distantes miraban. No tardò mucho en vèrse cumplido. Sabido es los Sugetos que arrastrò su exemplo à nuestra profesion, de los mas ilustres en sangre, de la mas lucida literatura y mejor recomendacion en el pùblico. Aquel insigne varon, cuya memoria eternizarà nuestra Religion el P. Doctor Josef de la Quadra puede ser exemplar por muchos. Este grande

de Jurisconsulto, en lo florido de su edad: en lo encumbrado de sus aplausos: en la posesion de grandes conveniencias que le prestaban una Càtedra de Vìsperas y los crecidos proventos de su Estudio, fue el primero que edificado de sus virtudes, abandonò el mundo y quanto en èl desfrutaba, por asegurar su salvacion à la sombra de Nro. P. Asì lo buscò: asì lo tuvo siempre por norte de sus movimientos; y tanto se enriqueciò de su religiosidad, que ponderando à sus confidentes las virtudes del P. Martin, en nada relucìan mejor que en las que à èl se le veìan practicar. Las renuncias que este y otros sugetos hicieron à favor nuestro: las limosnas y legados que sin corrupcion la mas mìnima de nuestra Regla otorgaron los Fieles, empezaron à facilitar fondo y pavimento para solidar la fundacion. En uno y otro impendiò fatigas indecibles. Compròse una Chacra ò Quinta casi eriaza despues de mal parada en todas sus partes; y nadie pue-

puede decir los pasos, los desvelos que à Nro. P. costò asegurar esta finca para la còngrua sustentacion de unos Religiosos, que para nada menos los queria que para emplearse en la mendicacion. La disposicion de sus Oficinas: los reglamentos que escribiò para el cristiano gobierno de sus Esclavos: la Sala Hospital que hizo para curar à todo pobre enfermo que allì quisiese acogerse; estàn ponderando no solo un trabajo prolixo, sino una magnanimidad, una equidad, un zelo, una misericordia nada comun aun entre los hombres que el mundo tiene por grandes. No le costò menos la amplificacion de nuestra Casa en cuya fabrica fue el primer Peon y el primer Alarife. Despues del Terremoto del año de quarenta y seis de este siglo, todo escaseaba; y èl delineaba los planos: èl tiraba las lineas, y aun con sus manos trabajaba algunos cimientos y no poca parte de las habitaciones primeras. En nada se embarazaba el zelo de vèr aumentada la Ca-

sa de Dios. Ni lo destemplado del invierno, ni los calores del estio lo arredraban, y menos que todo los respetos de Prelado y Sacerdote, que pocas veces se saben hermanar con este abatimiento.

Con este trabajo fabricò gran parte de esta Casa material, y con el mismo abandono que en esto hacia de sì, cimentò la santidad que mas que todo intentò edificar en ella. En argumento de su humildad podia exponer muchos lances. Dirè algunos sin salir de la fabrica: y defuera de ella no referirè muchos por no molestar con la difusion. Vino à visitarle en cierta ocasion el Ilustrisimo Señor Don Pedro Antonio Barroeta, Arzobispo de esta Metròpoli: y hallàndose à la sazon entregado al trabajo de la obra, aunque precediò aviso y se le dixo tomase otra decencia, respondiò: *Aunque asì debia ser para recibir à un Prìncipe de la Iglesia; pero ¿què trage mas decente tiene el Religioso que el de su misma pobreza y el que le per-*

permite la baxeza de sus humildes ocupaciones? Con esto saliò à recibirlo sin otro porte que el que gasta un Oficial de Albañil: un sombrero roto de paja: un badilejo en la mano y todo su vestido cubierto de polvo y barro, que aquel Prelado no pudo vèr sin edificacion muy grande. En este mismo trage se dexò vèr un dia en el altillo que llaman de Santa Clara, parage bien pùblico. Habìase hecho una escavacion para dirigir la cañerìa de nuestra Casa: y cerrada, saliò un dia temprano, dàndole al Compañero la herramienta de empedrar. Llegado al sitio, se quitò su manteo: cambiò de sombrero y se sentò à empedrar aquel trecho descubierto. Siguiò en esta ocupacion hasta las nueve del dia, sin embarazarse en la mucha gente que se detenìa en la admiracion de vèrlo. Evacuado ya lo que habìa que hacer, dixo al Compañero: vàmonos Hermano à Casa, que no parece bien à esta gente que un Provincial se meta à empedrador.

Bas-

Bastaba este desprecio que hacia de su Persona para calificar su grande humildad: mas no es bastante para confirmar nuestra admiracion de quan radicada estaba en su alma. Desde que aportò à este Reyno, nada parecia le debiò mas estudio que el rebaxarse: y viòse esto en lo que mas arduo parece al mundo. Su doctrina y talentos hubo muy pocos que los rastreasen, segun el cuidado que puso en esconderlos. Asuntos que èl podia evacuar, y que à Personas nò muy capaces seria facil el decidirlos, los iba à consultar con los Maestros del Colegio de Santo Tomàs y otras Personas; como si èl fuera un idiota. En las conversaciones familiares en los congresos jamas se le oyeron razones pomposas, ni dialectos que indicasen sabiduria ò estudio: y aunque algunos quisieron hacer prueba de sus fondos, empeñàndolo para algunos Sermones de competencia: el espiritu era quien ministraba el caudal, y dexaba su erudicion en sus

mismas tinieblas. En esta reputacion de ignorante estuvo algunos años: mas no faltò quien trasluciese esta industria y corriese esta tramoya de golpe. Este fue el Señor Doct. D. Manuel de Sylva, Catedràtico de Prima de Cànones y Rector de esta Real Universidad, su muy devoto. Solicitò à favor de nuestra Religion un Real privilegio para fundar una Càtedra de Teologìa Moral y Casos ocurrentes *tempore mortis*, con la precisa circunstancia de que N. P. Martin habìa de regentarla el primero. Concedida la gracia por el Virey Conde de Superunda, su muy afecto, se lo traxo à casa, armado de todas las fuerzas que su prudencia y sabiduria pudieron ministrarle para conquistarle el asenso, y desvanecer los efugios que de su humildad recelaba: y supo de tal manera atacarlo, que sin detrimento de aquella, hubo de reportar el honor, porque la Religion no lo perdiese. Corriò sus actuaciones escolàsticas con admiracion de

èsta sapientìsima Asamblèa, que nunca imaginò ni tanta doctrina, ni tanta gracia en Nro. P. Mas vengòse prontamente del honor. Presentòse en ella con los hàbitos remendados y raidos que usaba en el Hospital, è hizo volver del reves el tapete de la mesa, que le pareciò mas decente que lo que pedia lo religioso. Hasta en el acto de conferirle la borla doctoral, no pudo menos que explicar su violencia: *Solos mis pecados* (dixo de modo que se oyò de muchos) *solos mis pecados pudieron conducirme à este bochorno.*

Descubierto este fanal, que debaxo del celemìn se habia ocultado tanto tiempo, el Santo Tribunal de la Fè lo agregò luego al nùmero de sus Consultores: lo hizo su Juez Comisario: y en ocasion de haber faltado todos los Inquisidores, à exêpcion del M. Ilustre Señor Doctor Don Bartolomè Lopez Grillo, mereciò al concepto y amor de este justìsimo y zelosìsimo Inquisidor, que en el Testamen-

to que hizo *casu mortis* lo dexase nombrado Inquisidor Interino con todas las facultades que pide la absoluta administracion de tan sèrio y santo Tribunal. El Ilustrìsimo Arzobispo de esta Ciudad lo anumerò entre sus Exâminadores Synodales: lo hizo Consultor de la Dignidad: màs todo con tanta violencia de su espìritu, con resistencias tan humildes, que obligaba à conferirle el honor en galardon del desprecio que solìa hacer de sì. Tal sucediò en la ocasion de haberlo elegido para su Confesor el Ilustrìsimo Señor Doct. Don Diego del Corro, Arzobispo de Lima. Atònito de que un Prelado tan docto y tan justificado lo antepusiese à tantos virtuosìsimos y sapientìsimos varones que veìa en esta Ciudad para su direccion; hacìa exclamaciones al cielo: batìa sentidamente las manos, y no sabìa con que expresiones ponderar al mensagero su insuficiencia, paraque apease de su propòsito al Prìncipe. Resolviò despues escribirle una carta,

que copiara yo aquì gustoso, si nò compitiese con esta en su difusion. En ella entre mil tachas que encontraba en su talento y en su edad, tratàndose de fatuo y chocho, le hacia crìtica relacion de algunos acaecimientos de su Prelacia, calificàndolos de desaciertos y reprehensibles desbarros. Todo esto se ordenaba á persuadirle como conseqüencia esta verdad del Apòstol: *Qui Domui suæ præesse nescit, quomodo ecclesiæ Dei diligentiam habebit?* Esta carta no quiso la llevase nadie sino es yo que era su Confesor. Entregòmela, diciendo: „ V. R. lleva esta carta „ paraque despues de leida por nuestro „ Prelado, le diga como dueño de mi „ conciencia quanto conduxere à disuadir„ lo. Si me busca por docto: cuèntele „ mis ignorancias, que mejor que el que „ las tiene las conoce el que las experimen„ ta. Si por bueno: cuèntele mis mal„ dades todas sin escrùpulo de ofenderme, „ ni ofender la ley del sigilo Sacramental:

„ Yo

„ yo renuncio los derechos todos que pue-
„ do tener à èl y à mi persona. Si por
„ prudente: dìgale la batahola de escrùpulos
„ en que gime siempre mi espìritu, y
„ quanto puedo con esta dolencia turbar
„ la generosidad de sus resoluciones y
„ hacer sus procedimientos à imitacion de
„ los mios nimiamente ridìculos. En fin yo
„ encargo à V. R. sea en este asunto inexô-
„ rable, y no permita que un Prìncipe tan
„ cuerdo desacredite tan al principio su
„ conducta, descubriendo al pùblico elec-
„ cion tan disonante. Todas estas respira-
ciones con que en su relacion daba alientos
à su corazon, acusado y reprehendido de
su humildad, solo duraron lo que tardò
mi regreso. El Prìncipe à las primeras li-
neas de su carta conociò el mòbil de la
repulsa. Confirmòse en su propòsito, y
sin dar lugar à instancias ni à reconvencio-
nes, le enviò á decir: „ Que para dirigir-
„ lo à èl no necesitaba, ni mas espìritu
„ ni mas expedicion que la que el Señor

„ le habìa dado para alumbrar y dirigir à „ los pobres que visitaba en los Hospita- „ les. Que en la eleccion no tenia libertad: „ porque segun lo demandaba, era la vo- „ luntad de Dios. Respuesta digna de un Prelado Santo: y respuesta que el tiem- po calificò bastantemente, debièndose à su direccion en gran parte aquella multitud de obras heroycas con que este justo y zelo- sìsimo Prìncipe inmortalizò su memoria.

Fuera la relacion inmensa, si hubieran de escribirse todos los primores de su hu- mildad. El barrerse su aposento: el fre- gar en la cocina: el remendarse su ropa y no permitir que otro le sirviese, eran acciones en èl tan familiares, que mas tra- bajo tenia en suprimirlas que en practicar- les. El aborrecimiento que de continuo ex- citaba contra sì por los asaltos freqüentes que le daba el espìritu de la sobervia, lo trahia siempre encogido con los grandes: familiar con los pequeños: dulce con los pecadores: tierno con los desvalidos: es-

clavo con los enfermos: reverente con los religiosos: afable con sus sùbditos. Lo hacìa emulador de los humildes: reo y juez de sì mismo para acusarse sus faltas y castigarlas de contado con severidad. Contra todas estaba siempre armado; pero contra las que procedian de la sobervia, aunque viniesen enmascaradas del zelo, no podìa disimularse un riguroso castigo tras de una exquisita humillacion. Asi se veìa quando en la correccion de algun sùbdito se excedìa en el tono de la voz, ò en la dureza de las expresiones. En estos lances no le bastaba sumergirse en una gran confusion. No le bastaba el presentarse dos ò tres veces al sùbdito que contemplaba en su correccion injuriado, para pedirle perdon. Aun no bastaba consultar con el Confesor si le darìa otra suerte de satisfacion, aunque fuese pùblica. Solìa tras todo esto tomarse la mano, y en presencia de todos tratarse malamente. Hubo ocasion en que habiendose excedido en una de estas correcciones,

nes, entrò el sàbado inmediato à las conferencias espirituales disimuladamente aparejado: y arrodillado en medio de la Capilla, dixo su culpa con tan sentidas palabras que no à pocos conmoviò à llanto. El mismo se impuso la penitencia de una diciplina: y quando todos juzgabamos la reservase para lo oculto, despojò sus espaldas: sacò un manojo de làtigos: y como si lo hubieran revestido de nuevas fuerzas, descargò tantos y tan fieros golpes, que las paredes se estremecìan y los ànimos de los circunstantes ocupados del horror no podìan soportarlos. Fue necesario al fin desarmarlo del azote: cubrirlo y pedirle por amor de Dios no fuese tan cruel consigo mismo. Asì abatìa en sì lo que le parecìa altivez y orgullo, quando este no se habìa insinuado sino en lo material de la voz.

Si los Siervos de Dios no tuvieran tan viva la Fè del tremendo juicio, que à los que nacemos hijos de ira nos espera por la sobervia, fueran jueces de si mis-

mos

mos mucho menos indulgentes: pero Nro. P. Martin no podia ser menos severo, teniendo luces tan claras de esta y todas las verdades que confiesa nuestro Catolicismo. Estas luces le obligaban à creerlas de corazon: à confesarlas con sus labios y à confirmarlas con sus obras. Y se viò claro: porque si creer de corazon es cautivar todo el fondo de la razon en obsequio de la divina veracidad que revela; y abrazar la voluntad todo aquello que por excelso no se dexa comprehender del mismo entendimiento: ¿què le faltò al P. Martin para esta cordial è ìntima creencia? Aquella adhesion que siempre tuvo à los testimonios de Dios aquella idolatrìa que en èl se reconociò siempre à las Santas Escrituras: aquel placer con que se saboreaba oyendo ò leyendo los tormentos en que se sacrificaron vìctima de la Fè los Santos Màrtires: aquel afecto tierno que siempre profesò à los Doctores S. Gerònimo, S. Agustin, S. Ambrosio, el Crysòstomo y

otros que la defendieron è ilustrâron: aquel horror que sentìa (y no pocas veces explicaba) al Judaismo y à toda la chusma de Sectarios que sacrìlegamente la persiguieron ; ¿què indìca sino es tener avasalladas todas sus potencias en reverencia de la Fè? Es verdad que en su ingenio travieso tuvo el Demonio materia para atormentarlo cruelmente ; y que este duro batàn fue uno de los que à golpes repetidos mas consternaron su espìritu hasta el fin de su vida. Acosàbalo con tentaciones: con dudas que pudieran rendir à qualquiera entendimiento aun mas expedito que el suyo. Mas no llegò tentacion de Fè que no le dexase un laurel. No llegò à èl ningun tentado en cuya serenidad no le ofreciese un triunfo: ni escuchò supersticion de las que los Indios suelen acusarse, que no la increpase con el ardor de un Apostol,

Por evitar este desòrden, solìa dedicarse à instruir en el Catecismo en los Hospitales à estos Pobres Neòfitos: y quan-

do en casa se repartian Plàticas de diversas virtudes para nuestra Iglesia, de ordinario se tomaba la de la Fè, en las que le oìamos hablar de un modo maravilloso. Con nuestros criados, ya rùsticos ya domèsticos, era nimio el zelo que tenia por que se les explicase la Doctrina Cristiana: entendiesen los Mandamientos: los requisitos de la Confesion; y que esta la hicieran con sugetos que pudeisen alumbrarlos y darse à entender. Siempre viviò deseoso de encontrar un hombre rico que quisiese emplear su caudal en una impresion copiosìsima del Symbolo de la Fè, y Guia de Pecadores del V. P. Fr. Luis de Granada, para arrojarlos (como èl decia) por todos los rincones del mundo, à fin de que tropezando con ellos, todos se impusiesen por fuerza en la grandeza de los Misterios, y en el modo de buscar al que los obrò.

En esto ùltimo queria lo que èl mismo hacìa; porque el conocimiento que tenia de Dios: las obligaciones que para

es-

este sumo bien reconocia en sì mismo, lo trahian siempre escrupuloso: siempre mortificado: siempre devoto y siempre exâcto observador de sus preceptos y reglas. Desde que Nuestro Padre empezò à conocer à Dios, puede decirse que empezò en èl la escrupulosidad: y llegò en esto à tal estremo, que excede los tèrminos del hypèrbole. Contemplando su temperamento nada frio: su entendimiento nada obcuro: su ciencia nada escasa: no hallamos otro motivo, que haber contrahido por el pecado original y fogosidad de su complexîon, unos espìritus muy sutiles: unos humores muy acres, y à conseqüencia unas pasiones muy crueles por lo indomables; cuya extincion total no quiso Dios que se hiciese; sino que avivados por el Demonio, fuesen potro y verdugo que martirizasen y labrasen la hermosura de su alma por todo el espacio de su vida. Tentaciones horrendas, recelos pavorosos, desconfianzas terribles, guerras continuas y tedio perpe-

tuo

tuo de si mismo, eran al paso que instrumentos de aquella dolorosa labor, un rumbo tan amargo que no se vè ordinariamente en almas tan ceñidas y cautelosas como la suya: porque en una alma que jamas se apartò del propòsito de agradar à su Dios, y ocupada en las obras de su mayor complacencia que es el socorro del pròximo: en una alma que no supo avenirse al comercio del siglo: que solo desamparaba su claustro quando lo pedia la caridad ò alguna urgencia politica de Prelado: en una alma siempre estudiosa de la perfeccion y de continuo armada contra el impetu de sus pasiones: no parece posible hallàse su conciencia tantas faltas, que llegàse à ponerlo en sobresaltos tan desmedidos y en zozobra tan cruel. Mas como la gracia por divina disposicion no confortaba à la parte inferior de suyo rebelde; quantas veces tenia la superior que valerse de ella para las funciones humanas, otras tantas le acusaba el Demonio de iguales deli-

tos. Esto hacia tal bateria en el fondo de su espiritu, que no podia reprimir las convulsiones del cuerpo: los movimientos paradògicos de cabeza y miembros; y en ocasiones, ni aun las palabras con que impetuosamente negaba lo que la imaginacion le proponia. En qualquier especie estraña que oyese ò viese, hallaba materia para su tormento; de donde resultaba que los de afuera que lo veian, se amilanaban, juzgando que registraba sus intenciones: y los que le manejabamos de adentro, estudiabamos la mayor pureza y sencillez de palabras, paraque de ellas no tomase caudal nuevo su imaginacion con que atormentarlo. Se llegò à sospechar que el Demonio en lo oculto se le representaba visible, asestàndole la artilleria de sus porfiadas sugestiones: porque arrebatado de un corage santo, se le oia desde lo esterior de su aposento improperarlo, vexarlo y remitirlo à aquellos lugares de que es tan digno el espiritu de la inmundicia.

Pa-

Para sacudir este yugo, era su recurso la humildad y mortificacion. Para enfrenar los ìmpetus de la parte irascible; despues de una sèria y larga discusion de sus culpas, se acusaba à sì mismo: se angustiaba de sus yerros: se confundia humilde: detestaba de su proceder: se reprehendia: se indignaba: se escarnecia; y queria tomar venganza de sì mismo. Suspiraba à Dios: *Si este (Señor) es azote que merecen mis pecados, dad licencia paraque se despueble el infierno en contra mia; pero si esta porfia de mis pasiones me ha de precipitar à ofenderte en lo mas leve, suspende tu concurso, y arruìnese mi vida que solo quiero para tu servicio.* No hacìa menos para avasallar la concupiscible. Ayunos, cilicios, diciplinas, eran en èl un exercicio tan ordinario como industrioso. Fingirse aficionado de todo lo comestible, paraque à vuelta de la aficion que insinuaba, se durmiese la curiosidad que podia notarlo de abstinente: hacer que acababa el

ùlti-

ùltimo en la mesa, para desmentir que de la vianda no habìa tomado sino es lo liquido ò mas grosero: simularse muy diestro en el condimento y de un paladar estraño y esquisito, para disponerse diversos potages de las malvas; de los cogollos de las cañas, de la alfalfa y otras legumbres ingratisimas, sin que lo atribuyesen à mortificacion: era astucia ordinaria con que hacìa salvaguardia à su rigorosa abstinencia. No le contentaba esto solo, sinò castigaba al mismo tiempo al hombre esterior. Armado de cilicios y cordeles que le cortaban las carnes, se sentìa muy consolado. Azotando sus espaldas dos ò tres veces al dia, confesaba tener su alma alguna respiracion. No era esta mucha; y juzgando que por este medio podrìa atajar el torrente de tentaciones que lo oprimia; queria engolfarse en mayor exceso de estas y otras maceraciones: mas la obediencia y el respeto que siempre tuvo à nuestra Regla, que manda en esto mucha templanza,

por-

porque no falten las fuerzas para lo esencial de nuestra profesion, que es el socorro del pròximo; lo contenìa para no hacer destrozos en su cuerpo.

Reservaba sus deseos para las ocasiones que inopinadamente se ofrecen de mortificacion. En estos se conocìa la enemistad que tenìa jurada contra sì mismo. Si le ocurrìa una enfermedad, no lo manifestaba sino tarde, por escusar el alivio: y quando la descubrìa, era abrazando con gusto las medicinas mas repugnantes. Si le buscaban los pròximos, ò porfiados, ò exîgentes, ò torpes en su explicacion, los escuchaba con agrado. Si se desaforaba algun enfermo, se regalaba quando le ponìa las manos, ò lo rociaba con la escudilla de caldo, como le sucediò muchas veces. Si la malicia de los mundanos fulminaba alguna injuria contra su persona ò religion, iba en accion de gracias à visitar el Hospital, diciendo algunas veces: *Dexèmoslos decir, como no nos quiten hacer estas*

obras de nuestra obligacion. En fin: èl si podìa estàr en pie, no se sentaba. Si se sentaba, era huyendo la comodidad. Si se veìa obligado à reclinarse quando velaba à los enfermos, era ò entregàndose al tumulto y hostilidad de las pulgas que en este pais es inmenso de noche; ò sobre el suelo con un adobe ò piedra por cabecera, ò de otro modo particular que à sì y al enfermo hiciese ùtil aquel rato que à su cuerpo le daba de descànso. En una ocasion asistiendo à un Negro que se morìa de piojos, siendo estos tantos que hasta el suelo se veìa lleno: donde se reclinò fue al pie de la cama sobre la misma tierra. Despreciò las reconvenciones del compañero, (que era ùnica persona) y se lastimaba de vèrlo cubrirse de insectos tan odiosos: y despues de dos horas, le dixo: que en toda su vida no habìa tenido mas regalada noche. En realidad era asì; porque en estas mortificaciones hallaba siempre un competente despique de sus escrùpulosos recelos.

Por

Por esta misma causa anhelaba por la oracion. Casi de continuo se le veia suspirar al cielo, como que de allì le habìa de venir el auxîlio y la fortaleza. Si andaba por la casa, era rumiando algunas oraciones. Si por las calles, ibá rezando el Rosario con el compañero, y de ordînario descubierta la cabeza por mayor reverencia. Fuera de la oracion de Regla y otras horas que èl se tomaba en su aposento arrodillado, se le oìa algunas veces desahogarse en tiernas jaculatorias: otras, golpeàndose tan violentamente el pecho, que causaba espanto. El oficio divino que solìa decir: *Era una fuente donde cada dia ofrece el Señor al Religioso los refuerzos mayores en la via del espìritu*: lo rezaba tan despacio, alto y devoto, que habìa menester que el compañero fuese casi de igual fervor, si habìa de seguirlo algunos dias. En fin: siendo siempre su particular dolor el verse sin espìritu, de cuya flaqueza entendia le dimanaba el continuo

mo-

motìn de sus escrùpulos, fincando en aquellas palabras del Profeta: *Os meum aperui, et atraxi spiritum*: apenas cerraba su boca. Tan materialmente se ceñia à su significacion, que aun la oracion mental venìa à hacerla vocal, dando à todos que admirar: ¡ còmo sobre la angustia con que siempre trahia atormentado su corazon, podia soportar su celebro tanta continuacion y eficacia en sus oraciones vocales! Todos estos conatos, que eran otros tantos productos de su Fè heroyca: toda esta fuerza con que intentaba hacerse incontrastable de su escrupulosa cavilacion, indican muy bien quan activa serìa su Esperanza.

No era Nro. P. Martin de aquellos escrupulosos que no tienen otra causa para su nimiedad, que el temor continuo de condenarse. Lo ordinario es en los espìritus vacilantes, vivir siempre agitados del espanto de una infeliz eternidad y la estrecha cuenta del juicio que les demandan

sus

sus culpas. No hay en ellos defecto, expreso ò imaginado, que no los incline à desesperacion; porque no tienen defecto que no lo refieran con todos los anteactos à aquella acerbidad de tormentos que de Dios como rigoroso Juez puede sobrevenirles. Mas Nro. P. Martin que no tenìa otro objeto en sus temores que el vèrse criminal delante de un Dios benèfico: la torpeza del pecado que podìa ponerlo en division con el sumo bien: la mancha que podìa impedir su deseada limpieza del corazon: de las contradicciones, de los deslices mismos tomaba mas brio para esperar en su Dios. Por esto en sus mayores ataques no era su recurso las lecciones terribles que en los libros buscan otros para avivar el espanto; y con èl poner espuela à los peligros; sino las llagas del Salvador que miraba como cinco piscìnas de salud. El ocèano insondable de la divina clemencia donde se sumìa, y donde tomaba tanto aliento, que no pocas veces repetia:

Engrandezcamos y alabemos el Soberano Atributo de la Misericordia de Dios que tanto nos disimula y sufre à sus pobres pecadores, que ofrece tanta acogìda à los desventurados como yo. ¡ Con què espìritu: con què ternura proferia estas palabras, lo pudieran decir los sentimientos mismos de nuestro corazon no pocas veces herido: los de tantos duros pecadores à quienes ablandò y derritiò en llanto, ponderàndoles solo la tolerancia de Dios, y el deseo de nuestro remedio!

Increible parece que un espìritu que siempre hervìa como un mar de sozobras, tuviese tan fixa el àncora de su Esperanza, que asì pudiese asegurar al pròximo entre los dos escollos de la desconfianza y la presuncion. Mas asì era. Encontraba muchos moribundos, que como hombres de palo, (segun expresion suya) se mantenìan inalterables en el borde de la eternidad; y se hacìa esta reflexîon. Estos infelices solo pueden tener este sosiego, ò por

necia-

neciamente presuntuosos, ò por disimuladamente desesperados: y era imponderable la destreza con que los revocaba al medio justo de una recta esperanza. Con aquellos, ¡què ponderaciones de sus delitos! què abofetearse su rostro! què batirse desapiadadamente el pecho! O! y quantas veces lo vì con mis ojos en las alcobas de los Hospitales descargar sobre sì tales golpes, que parecìa sacudirlos algun sayon, no con brazo de carne, sino es con una maza de hierro! Duraba tanto la repeticion de estos golpes, quanto la indolencia de los dolientes: y no cesaba en su tormento y en sus ruegos, hasta quedar satisfecho de estar su corazon suficientemente movido. A' los desconfiados, ò tocados de la desesperacion, les ponderaba con energìa la grandeza de la bondad de Dios: la caridad con que nos adoptò por hijos: la verdad con que nos prometiò el paraiso: la potestad para perdonar nuestros pecados; y sobre todo la fuerza con que à todos manda,
pu-

pudiendo solo aconsejarlo, que esperèmos en èl (que es el mejor modo que el Señor tuvo de persuadir el bien que siempre quiere hacernos) y siempre con buen suceso. Dirè en una palabra: que no sabemos hubiese alguna persona de las que se sugetaron à su direccion ò consejo, de qualquier modo arredrada, que no la dilatase el ànimo y la hiciese esperar el remedio de la mano de Dios. El pudiera hablarles de experiencia: porque quanto mas cercado de trabajos: quanto mas oprimido del peso del Ministerio: quando mas perseguida la Religion; se le notaba menos turbacion en el rostro, tenièndolo por insinuacion de algun favor grande que el Señor querìa hacerle. Asì lo decìa, y asì solìa experimentarlo.

Sobre esta Esperanza tan firme, ¡ què fundada estarìa su Caridad! Consiste en una amistad sobrenatural entre Dios y el hombre, unas veces afectiva y otras efectiva: y de todos modos la vìmos relucir

en

en Nro. P. Siempre vivió complacido de la excelencia de Dios y del bien intrinseco que lo adorna. Siempre se gozaba de que fuese tan perfecto: le deseaba la mayor gloria, y que su nombre fuese santificado por todas las obras de sus manos. De continuo se dolìa de la bàrbara oposicion que le hacen en sus culpas los malvados: y por no ser èl uno de estos traidores, castigaba su voluntad, su carne y sus sentidos; y afianzaba su seguridad con la fuga de toda ocasion peligrosa. Todo su afan era degollar sus duras pasiones, y conformarse con el purìsimo original de su amado: y esta solicitud, à su parecer sin logro. Esta cruz en que vivìa su corazon como escarpiado, era quien mas le demostraba semejante à Jesu Cristo. Aspirando siempre á la mayor limpieza del alma, para ofrecerle en ella al Señor una mansion apacible; jamas tuvo esta satisfacion, sino es que fuese por alguna fruicion pasagera. Bien pudo en ocasiones haber experimen-

tado aquella enagenacion de sentidos: aquellos maravillosos transportes: aquellos deliquios regalados à que lleva de ordinario la interior fuerza de un amor insaciable. Mas si algo llegò à nuestra noticia, no llegò à nuestra experiencia. Miràbase sì con espanto tanta virtud con tanta sequedad. Admiraban todos, ¡còmo sostenìa su alma tales torrentes de amargura: tanto trabajo en el desempeño de sus obligaciones: tanta constancia en defender en sì el Reyno de Dios: sin aquellos alicitivos que ministra la gracia en el derretimiento del corazon: en el reposo de la contemplacion divina, y en los recuestos amorosos que en su seno permite el Señor à sus amantes! Nada de esto se le notaba: y sì un anhelo continuo por hallar à Dios, que segun se le escondìa, barruntaba para sì no ser digno ni aun de poseerlo en la eternidad. Oprimido de esta tribulacion que en la duracion de tantos años se le habìa hecho como domèstica, tenia pactado no de-

xar de alabar à su Dios en obras y en palabras; por si acaso era su alma de las que el Señor vè como destinadas à predicar su justicia con su condenacion. *Laudabo Dominum* (decìa con el Profeta) *laudabo Dominum in vita mea, psallam Deo meo quandiu fuero.* Si solo *el Infierno es el justo destino de mi maldad: (Señor) yo os servirè el corto plazo de mis dias: yo ensalzarè mientras viva el grande atributo de vuestra paciencia que me dexa tierra en que pisar: yo alabarè vuestra inefable clemencia, que animando para mi bien todos los elementos; tambien me permite doblaros mis rodillas: que os adore estos momentos en que yo debìa ya de justicia habitar el caos de la maldicion.* Asì se empeñaba en el trabajo: asì se mantenìa robusto su espìritu, aun quando mas debìa desfallecer por sequedad tan acerba.

Teniendo siempre à la vista lo del Apòstol: que si con el pròximo no tenìa Caridad, nada de quanto hacìa le aprove-

cha-

chaba: este era el mayor empleo de sus cuidados. El defendìa su honor: zelaba sus intereses: promovìa sus consuelos: remediaba sus urgencias: curaba sus enfermedades: los auxîliaba en sus agonìas: encaminaba sus almas à la salvacion, y hacìa otras muchas misericordias. Pàrvulos y adultos, negros y blancos, pobres y ricos, rùsticos y ciudadanos, sabios è ignorantes, plebeyos y nobles, todos tenìan igualmente lugar en su corazon; porque à todos sin distincion miraba como imàgenes de su Dios y precio soberano de la sangre de su Unigènito. Por esto el desprecio que se hacìa del pròximo, la sospecha, los juicios temerarios, las sindicaciones, murmuraciones, detracciones y mordacidades, le devanaban las entrañas, y era para èl un camino, no solo intrafìcable pero inacesible. ¿ Quien jamas le oyò palabra que pudiese lastimar la reputacion ajena? Esta era para èl un santuario donde nadie podìa tocar, y quando oìa que

alguno se desmandaba; ò lo reprehendia impetuosamente, ò se conmovia tanto en su esterior, que no era menester mas correccion que mirarlo: Podìa contentarse con vèr yerto al delinqüente: mas reservaba lo mejor para lo secreto. Buscàndolo despues, le manifestaba un sentimiento como si le hubiera herido en lo mas sensible del alma: y le decìa muy bien como debe tratarse à quien ha colocado el Señor sobre sus mexillas, y quiere intactos como las niñas de sus ojos. No cabe en la exâgeracion el zelo que tenìa en esta parte. Hartos testigos somos todos los que le tratamos de la suma aversion que tenìa à este linage de ofensa: de sus desazones, de sus movimientos, reprehensiones y avisos; aunque el defecto referido fuese pùblico y leve, y la persona que lo hablaba fuese para èl de respeto.

Por èl nadie habìa de recibir perjuicio en honra ni en hacienda. En las compras que hacìa à beneficio de la Religion,

no sabìa regatear, receloso de agraviar: y ni habiendo pagado con exceso, quedaba satisfecho; por si la necesidad ò el amor habìan tenido parte en el trato. Asì se le veia de continuo beneficiar à estas ù otras personas con quien contemplaba algun cargo: decirles misas: darles limosnas; de tal manera que se hizo proloquio entre los nuestros: que una de las conveniencias que podìan buscar los hombres, era llegar à tener tratos con el P. Martin de Andres: Asì se afanaba tambien porque llegasen à execucion las restituciones ajenas; principalmente de sus penitentes. ¡Quantos desvelos: quantos pasos le costò el hacerse cargo de sus recaudaciones: sacarlo del poder de sus albaseas y de otras personas que ya lo tenìan tal vez disipado! Aun el Rey era pobre para èl, y no zelaba menos sus bienes que los de un mendìgo, si se atravezaba el menor derecho de restitucion. El desconsuelo que cada qual tenia en sus pèrdidas, èl lo tomaba sobre sì, y

en quanto podìa no perdonaba paso por redimirlos.

Asì era en qualquiera otra afliccion. Los huèrfanos, las viudas, las mal casadas, las doncellas destituidas, fueron siempre no corta materia de su compasion y su afan. Ya se viesen perseguidas, ya en division, ya en discordias, estaba siempre pronto à repararlas. Agonizando estaba, y llamò à un Religioso, y encargòle visitase à menudo à unas Señoras à quienes la pobreza y su natural inquieto las trahìa de ordinario en disension.

No hay mal que no acarree la pobreza, y mas quando dà con sugetos mal domados: y quando el P. Martin no hubiera merecido del Criador un ànimo compasivo; esta sola causa lo hubiera obligado à ser piadoso. De ordinario vivìa atravezado de penas. Un corazon magnànimo y liberal: una multitud de pobres mendìgos y vergonzantes, que de continuo lo acosaba, y una pobreza apostòlica que

na-

nada le permitia poseer, componian la catàsta de su tormento. El vèr à un pobre desnudo y tal vez enfermo: el vèr à las doncellas expuestas à prostituirse por la necesidad: à las casadas cargadas de hijos y de hambre sin recurso: à unas enfermas del trabajo; à otras imposibilitadas de adquirir el sustento; era un martirio para su corazon. Desempeñàbalo algunas veces la camisa de su uso, la frezada, los libros y quanto encontraba à la mano. Desempeñàbalo nuestra despensa, y una hija espiritual que tenìa de confianza en el Monasterio de Trinitarias, à quien enviaba las vituallas paraque las cocinara de regalo. Desempeñàbanlo otras personas de afuera que conocìa piadosas, con quienes se hacia mendìgo por cubrir al desnudo y alimentar al que no podìa mendìgar. Desempeñàbalo nuestro Procurador, à quien libraba, ò èl socorria por libertarlo de la angustia: y en ocasiones, desempeñàbalo el Señor; pues yendo à reconocer su ala-

ceni-

cenilla, se encontraba con la cantidad que necesitaba, como me asegurò en una ocasion le sucedia, sin que por medio humano pudiese haberse puesto allì el dinero. Algunas Personas que conocìan su caridad, solìan remitirle cantidades gruesas paraque repartiese à los pobres. Este era dia de gloria para èl. Repartìala con tanto gusto, que el Demonio que no podia tolerarlo, de aquì le trahìa uno de los mas terribles desconsuelos que se le veìan padecer. De la demasiada concurrencia de pobres à quienes no solìa alcanzar lo que tenìa, le hacìa tomar fastidio; y despues de haberle revuelto los humores y parte inferior, lo acusaba ferozmente con aquella sentencia de San Juan *Si quis viderit fratrem suum necessitatem habere, et clauserit viscera sua ab eo: quomodo charitas Dei manet in illo?* Atacàbalo tan fuertemente entre su desazon y esta sentencia, que sentìa lo devoraba. Consternado y afligido, buscaba los pies del Confesor, y allì acusaba à su

corazon de inhumano. Ponderaba la falta de caridad que tenìa con los miembros del Señor : mas lo confesaba à quien sabìa, que à tener millones, todo fuera escaso para saciar la voluntad de socorrer miserias.

De aquì le dimanaba aquella compasion de los mas pobres, que son los que han perdido la salud. Como por su Voto los pobres enfermos eran los mas acreedores à su piedad ; à estos era aquien mas aplicaba sus socorros. ¿Quien puede decir los medios de que se valìa para restaurarles la salud perdida? ¡Què reconvenciones à los Medicos! ¡Què desvelo paraque se les ministrasen medicinas y alimentos à tiempo! ¡Quantos se traxo à casa para curarlos à satisfacion! No hago cuenta de una enfermerìa general que construyò en nuestra Quinta del Valle de Cañete ; porque todos los pobres de la Provincia viniesen à curarse à ella. No hago cuenta de los muchos sacerdotes, religiosos y enfermos de todos estados, que atrahidos del esmero y

agra-

agrado con que se les asiste, se han venido à curar y curan todos los dias. Esto es bien notorio. De los Hospitales mismos solìa traherselos à casa, en especial si eran hydròpicos; cuyo mejor remedio es no beber. A estos los encerraba: los adietaba en la bebida; supliendo de exôrtaciones lo que les quitaba de agua; y salìan para la vida los que estaban como preñados de la muerte. Con esta misma dieta libertò à otros de la recaida, que trahìan para su convalecencia; todo con tanta caridad, que algunos movidos de ella pidieron y abrazaron la Regla de nuestro Instituto. Quando otra cosa no podìa hacer por los Enfermos que veia desahuciados; los refrigeraba con agua, ò les daba à beber el zumo de algunas yervas, de que resultaba muchas veces la sanidad. De lo primero, hay gran nùmero de testigos en los que por el agua arribaron. De lo segundo, puede certificar el Señor Doctor Don Cristobal de Morales, hoy Canònigo de-

la Paz. Desahuciado y sin remedio, asistièndole el P. Martin en qualidad de moribundo, se saliò afuera, y pidiò unas yervas: majòlas, y extrahido el zumo, se lo diò à beber, y en èl bebiò la vida; porque cortada la fuerza de la enfermedad se viò claro un prodigioso crisis.

La gracia y predominio que tenìa en sus palabras, era un nuevo electuario con que mitigaba las penas, y enfrenaba los ànimos de los enfermos. ¡Quantos angustiados de dolores y fiebres se sintieron sanos, sin mas que oirle sus dulces razonamientos! Lo mismo sucedia si los hallaba entregados al despecho ò precipitados à la exâsperacion. De los primeros, no sabemos llegase à alguno en quien no dexase, quando no el remedio total de sus dolencias, à lo menos un placer interior capaz de entretener por algun tiempo sus molestias. Llamàronlo en los Reynos de España para un hydròpico, que armado de un trabuco, habìa conseguido à fuerza de

ame-

amenazas, que à la cabecera le pusieran una tinaja de agua. De esta bebìa quanta querìa, dispuesto à reventar antes que displacerse. El Mèdico, su esposa y el resto de sus deudos, ya rehusaban las amonestaciones; porque amartillando el trabuco, à todos amenazaba de muerte, y todos la temìan de su violencia. Entrò el P. Martin: y à pocas palabras enervò aquella fiera: le quitò el arcabuz y la vasija del agua, y lo dexò tan contento, que ya no pensò despues, sino en hacer à Dios sacrificio de su sed. A violencia de una diarrèa estaba postrado de muerte un Caballero bien distinguido de esta Ciudad, delicado, desfallecido, y à quien una fuerte melancolìa fomentaba la indisposicion de su natural colèrico. Llamaron sus familiares à dos Religiosos de cierta òrden, juzgàndolo pròxîmo à morir. Estos sin otro informe entran, y empiezan à exôrtarlo como à moribundo. Significales el enfermo lo mucho que lo atormentan con sus voces. Creenlo mal

dispuesto: y mientras el uno lamenta con los domèsticos el infeliz estado del doliente; el compañero se empeña mas en los gritos y en las reconvenciones. Apùrale su accidente, y llama una criada. El religioso inexperto se escandaliza, y apura su fervor y sus clamores; hasta que consternado el enfermo sobre manera, intentando defenderse por fuerza del que ya no miraba sino es como enemigo; hubo de apelar à la camisa misma ya empapada en sus mismos excrementos, y vibrarla como un azote contra el empeñado Ministro. Mas de dos horas habìa durado esta escena en el rigor de la media noche: quando entrò el P. Martin, y hallò al doliente en carnes, lidiando con su auxîliante, y en peligro de reventar de còlera: y quatro solas palabras que le hablò, bastaron à reportarlo. Sin otro medio, y el socorrerlo en lo que pedìa, lo puso en tranquilidad, al Padre en desengaño y à toda la casa en sosiego. O! y lo que valen dos palabras dulces à tiem-

tiempo! y ¡ò quantos sacrifica todos los dias la inexperiencia y nimio zelo à la exâsperacion, porque hay pocos ministros dignos en el ùltimo trance como el Padre Martin de Andres!

En los enfermos de los Hospitales eran mayores sus conatos. Era nesesario un volùmen, si yo hubiese de referir lo que en esta parte obrò su misericordia: y solo puedo insinuarlo diciendo: que quantos primores se leen de Nuestro Patriarca, pudiera escribirlos de Nuestro Padre. Siempre fue muy freqüente en ellos; pero estos ùltimos tiempos de su vida iba todos los dias, y muchas veces, cargado de lo que podia recoger de dulces, biscochos y otros regalillos. Viendo quanto se divertian los enfermos con un cigarro, salia à buscarlos à las cigarrerìas, ò les llevaba lumbre con que encenderlos. Siempre andaba codiciando carrizos ò cucharas para llevarles con que tomar el caldo còmodamente. Les solìa cortar el cabello y las uñas;

sa-

sacarles los piques que es un insecto pernicioso en este paìs ; y no pocas veces las soleras de la inmundicia. Para hacerles las camas, los cargaba en sus brazos aun quando ya por su edad no tenìa brios para ello. De estos esfuerzos llegò à quebrarse dos veces por los riñones : y sin esperar à curarse, seguìa con indecible dolor este exercicio, renovandòsele cada dia esta fractura ; hasta que la obediencia lo sugetò à mayor cuidado. Respondìa graciosamente quando sobre esto se le reconvenia: *Ya el burro està deslomado, poco importa que acabe en el trabajo.* De las mismas tareas vino à relaxarse de la ingle, y tuvo que andar hasta su muerte ceñido y atormentado por no intermitir lo que habìa sido causa de su accidente. Quando mas se esmerò en esta suerte de caridad, fue el año de quarenta y seis y siguientes con motivo del terremoto. Ocurriò luego à los Hospitales à desenterrar los enfermos oprimidos de los edificios. El los cargaba

so-

sobre sus espaldas: y los que encontraba vivos, querìa entrarselos en el corazon. Lo que en esta ocasion hizo à favor de los maltratados dentro y fuera de estas casas: lo que sudò despues en las epidemias que subsiguieron; solo està reservado à los vigilantes ojos de Dios, à quien nada se le escondìa de lo mucho que aquì ignoramos, y èl en alguna ocasion supo insinuar. Por lo que descubrìa su zelo, se dexaba entender la fineza y la fè con que los asistìa y reparaba. El vèilo encerrado con los enfermos en las alcobas: el vèilo como de centinela sentado sobre las camas, al modo de una Madre que guarda el sueño al hijo de sus entrañas; miràndose en ellos como en un espejo entre extàtico y abysmado: las palabras que les decia tan propias por la ternura de un corazon derretido; hace creerse miraba en cada uno un Jesu Cristo vivo: y hace creibles los excesos que registrò con asombro un Capellan del Hospital. Observaba este la inclina-

cion que tenìa el Padre à un Indio acancerado, cuyo rostro por lo difotme y fètido podìa poner espanto al ànimo mas heroyco. Alzò la cortina donde se ocultaban los dos; y hallò al P. Martin reclinado sobre el enfermo, y puestos los labios sobre la podredumbre de ùlcera tan asquerosa, y tan embebido en aquel acto que juzga no llegò à notar la accion. En el Hospital parece tenìa reservados los consuelos de que siempre carecia segun lo anhelaba. Estando ya sin fuerzas en los ùltimos meses de su vida, repugnando el que saliese los que veiamos su flaqueza, observaba el modo de salir oculto, y allà se encaminaba con un aliento extraordinario. Llegò à imposibilitarse del todo, y asì macilento, arrastrandose por los claustros, compensaba en la visita de nuestros enfermos la que babìa de hacer à los del Hospital. No sosegò de este exercicio por vèrse reducido à la cama. Extenuado estaba que no podìa echar el aliento, y su primer cuidado era

sa-

saber que enfermos habìa en la casa: en que estado iba su curacion, para traher al enfermero en el continuo exercicio de visitarlos en vez de asistirlo à èl.

¿ Què dire à V. R. de los que encontraba en el articulo extremo, donde el desconsuelo se compite con el peligro de una eterna condenacion? Aquella sentencia del Señor: *Mundus totus in malgno possitus est*: que tan cierta se la habìa hecho vèr la experiencia de tantos años de Ministerio: era un agudo acicate que ponìa en movimiento todos los espìritus de su hombre interior y exterior. Contemplando los vicios en que de ordinario viven encenegados los mortales: quan frìvolas suelen ser las detestaciones que de ellos hacen, aun los que se creen verdaderamente contritos: sabiendo lo mucho que agrava al alma un cuerpo que ya empezò à corromperse por la fuerza de la enfermedad: lo que esta impide aquel vigoroso recurso que al trono de la gracia debe hacer un delinquen-

te

te, si ha de hallar misericordia en tiempo tan oportuno: se veia obligado à emplear todo el caudal de su espìritu en su iluminacion, desengaño y direccion de aquel pròximo que asistìa y à quien podia haber sobrecogido esta plaga. Para lograrlo, se ajustaba à su condicion y genio: le ganaba la voluntad: le mostraba su compasion; le aclaraba los motivos que para ello debìa èl tener, si su alma no se hallaba en el gremio de los escogidos: y con estas y otras diligencias venìa el enfermo à rendirsele y franquearle confiado el estado de su conciencia: aquì eran sus esfuerzos, encontràndolos muchas veces en estado de perdicion aun despues de sacramentados. Aquì su eximinar: aquì su persuadir: aquì su inflamar aquellos corazones mas negros y apagados que el carbon. ¡A quantos sacò su solicitud indefesa, por este y otros medios, de aquellas duras quanto solapadas prisiones con que los conducia à un eterno suplicio el principe de las tinieblas! Es-

ro puede Dios saberlo, y nosotros presumirlo de aquel continuo clamor con que siempre nos exôrtaba à desentrañar las conciencias: à no perdonar trabajo ni incomodidad por revalidar las confesiones: por establecer en el alma el mas sensible dolor: los propòsitos mas generosos: el amor mas tierno à Dios, à cuyo exercicio habìa debido à su entender el logro de innumerables pecadores, que de otra manera hubieran muerto mal. Lo debemos presumir de aquel orar casi de continuo à la cabecera de los moribundos toda una tarde: toda una noche, en especial quando no eran capaces de otro auxîlio: de aquel orar incansable por los agonizantes del universo: de aquel empeñar al Señor en el Sacrificio incruento, paraque le salvase todas las almas que habìan de salir de esta vida hasta que volviese à celebrar: de aquel aparecerse sin ser llamado en las casas de los moribundos, y à veces aun sin abrirle las puertas. Dexo multitud de casos, y referirè so-

los dos, indices de esta verdad. Dixole en una ocasion à un Sacerdote nuestro que tomase el manteo para dar un paseo. Creyò este lo llevase al campo, ò à algun lugar divertido: mas sin pararse en parte alguna, y caminando con mas celeridad que la que favorece à la conveniencia, se entrò en la casa del Señor Marquès de Villafuerte. Preguntò por el enfermo D. Juan de Arce, que era un caballero su deudo. Espantâronse, viendo que el Padre sabìa de la enfermedad, y que fuese à visitarlo sin haberlo llamado, ni haber cosa de peligro. Tiraron à entretenerlo porque no entrase; pero èl impaciente se arrojò à la pieza del doliente con aquellos disimulos que le ministraba su sagacidad à precaucion del susto, A pocas razones lo reduxo à confesarse, y mas exâctamente quando le dixo, que no era cosa de perder momento. Hizolo el enfermo con estraño dolor, mientras trahìan de la Parroquia los demas Sacramentos, segun habìa pedido el Padre.

Acabarlos de recibir y ponerse en agonìa, todo fue un tiempo, como tambien el morir de hai à poco con espanto de toda la casa, que admiraban como de Dios providencia tan oportuna. Volviòse à casa diciendole al compañero: estos son buenos paseos.

En la calle que llaman de las cruces asistian dos hombres à un enfermo. Se echaron à dormir despues de haber cerrado las puertas, no recelando que pudiera sobrevenir contratiempo. A las quatro de la mañana se hallaron con el P. Martin en la pieza; despertàndolos con imperio y acusàndoles su desidia, estando el enfermo en tanta necesidad. Llegòse à este, que se hallaba en la ùltima congoja. Auxîliòlo con un espìritu espantoso; y à poco rato, entre muchos afectos que tiernamente le decia à Dios, y otros que le sugeria el mismo P. rindiò el espìritu al Criador, mientras que los asistentes atònitos del suceso y descuidados aun del peligro, se ocupaban en reconocer las puertas, y en discurrir como

ha-

habia sido la entrada, estando tan cerradas. Concluyeron que solo milagrosamente se podìa haber entrado por ellas, y que el Señor por asegurar la salvacion de aquella alma habìa permitido aquello en su siervo. De estos dos sugetos, el uno està vivo y afianza esta verdad con la solemnidad del juramento.

Sus palabras en la ùltima hora eran penetrantes, y su voz algo sumisa. Siempre aborrecia que à los que mueren, y particularmente los epilèpticos, paralìticos, aplopèticos y otros que tienen muy lastimado el celebro, se les exôrtase fuerte y seguido. Alegaba la experiencia de muchos que por la violencia de sus accidentes, ò por su debilidad suma, habìan muerto à impulso solo de la voz de Ministros inexpertos, que juzgan estriva en esto la gracia de ayudar à bien morir. De muchos que habìan sido combatidos de desesperacion, por no poder tolerarlos. Dios nos libre (decia) de ser asasinos como estos

de

de los pobresitos enfermos. Por esta dulzura que usaba, junto con el espìritu y zelo con que la manejaba en el trance, todos lo codiciaban y deseaban para su hora ùltima. En èl se reconociò una virtud particular para acomodarse à todos y hablarles en su estilo con frutos extraordinarios en sus almas. Asegura una persona muy favorecida de Dios y de espìritu aprobado, que acompañando à una enferma al parecer privada, en cuya agonìa la exôrtaba el P. Martin, la decìa tales palabras, que todos los circunstantes las tenìan por incompetentes y fuera de propòsito; pero que ella con divina luz veìa tan claramente los efectos de dolor y amor que aquellas expresiones causaban en la moribunda, que no podìa reprimir las làgrimas de vèr la dicha de aquella alma, y los modos que Dios inspira à sus siervos para ganarnos en aquel trance.

Dexo para despues otros casos que dicen concernencia con lo referido; y por

acabar la materia dirè: que donde y quando habìa mas riesgo de perder la salud y la vida, era mas pronta su caridad. La hora del medio dia es la mas expuesta en este pais, principalmente en la estacion del estìo: y esta era la que elegìa para salir al Ministerio, ya por no privar à otro del reposo, ya por soportar èl la mortificacion y el riesgo, siendo anciano y achacoso. Infestòse el año de 1755. la casa del Señor Don Josef de Salazar Muñatones: y fue tan infaustamente, como lo dice la ruina de este ilustre Caballero y 58. personas que murieron de su familia. El P. Martin se arrojò de los primeros à servir à estos apestados, con tanto fervor que era menester sugetarlo. El Señor quiso que entre los que alternabamos con èl las asistencias, solo prendiese el contagio en un Novicio que llegò à estàr desahuciado. Repetìale las visitas: alabábale la dicha de morir vìctima de la Caridad; y ocupado de una santa envidia, prorumpìa en estas

expresiones. Hà Señor! este pobresito por inocente merece esta fortuna de que me hicieron indigno mis pecados! Mi elado corazon, y ser un mero fantasma de Caridad la que yo ostento en tanto exercicio, me excluyen de esta misericordia. ¡Con què voces, con que afecto te engrandeciera yo, si te dignases de aceptar esta vida que deseo resignarte en el fuego de este contagio! Sanò en fin el Novicio; pero el P. Martin quedò mas empeñado en el servicio de aquellos pobres, por si hallaba la corona que al otro se le cayò de las manos. No lo consiguiò, porque el Señor lo reservaba para continuarnos otras lecciones de esta y las demas virtudes.

Fue entre ellas una la Castidad, por cuya defensa pasò angustias imponderables. Su complexîon càlida fue la que siempre lo traxo mas cauteloso, al paso que mas desconfiado. Los asaltos que sobre este punto le daba el demonio: las rebeldìas que encontraba en su naturaleza: la multitud de

espectros inmundos que su imaginativa en todo veloz le figuraba, lo trahìan casi de continuo martirizado en el ecùleo de sus recelos. El tormento que le originaba esta lid, lo traxo siempre huyendo del otro sexô, no solo retiràndose de su trato, de su aspecto, de su direccion en los confesonarios; pero aun de sus pinturas. No le quedaba ya de quien huir, sino de las Imàgenes santas: y el demonio, ò por quitarle este asilo que en ellas tenemos todos los viadores, ò por no dexar de atormentarlo aun en esto, arrojaba à su fantasìa tales humos de obscenidad, que en ocasiones ni aun podìa levantar los ojos à la Madre de la Pureza que tan tiernamente amaba. Solo el quarto voto de la Caridad, que tanto afianza la castidad en quien fervorosamente lo observa, le hacìa entrar algun tanto libre en el comercio mugeril: en lo demas no se estrañaba tanto un hombre, cuya fragilidad le hubiera ofrecido en sus incontinencias los escarmientos mas ver-

gon-

gonzosos: pero nada menos que esto reconocimos en èl los que oìmos las mas nimias imperfecciones de su conciencia. En sus confesiones jamas se le oyò mas que sus batallas, y aquella provocacion de su deuda en su juventud, que no admitiò y fue el yunque sobre que toda su vida lo batiò y labrò el martillo de la tentacion y del escrùpulo. Esto mismo hace creer que nunca se ajò la flor de su virginidad: porque aunque expresamente no confesò este privilegio tan de los cielos; sabemos quanto mas pronto estaba à referir pecados que virtudes; y pecados que pudieran aumentarle la satisfacion de todos, con el bochorno de referir los mas vergonzosos que es lo que siempre anhelaba, y aconsejaba practicasen sus penitentes.

En punto à pobreza no quisiera entrar, si he de acabar esta carta. Tanteado su ànimo generoso y propenso à la magnificencia, no parecen verisìmiles los exemplos de desasimiento que dexò à nues-

tra imitacion. En las obras de Dios, y el socorro de los pobres que era donde se traslucìa su natural, pensaba tan alto, que nuestro P. Doct. Josef de la Quadra, hombre de tanta doctrina y espìritu, solìa decir: ¿còmo puede ser que un hombre nacido en una aldea y criado sin abundancia, sea tan generoso y franco; sino es inspiràndole Dios el espiritu de su largueza? Todo esto se convertìa en mezquindad, quando esta inclinacion frizaba con su persona. El hàbito mas roto, el aposento mas desnudo, los utensilios mas viles que habìa en toda la casa, eran los suyos. De ordinario era menester cuidarlo, y estar à la mira para hacerle ropa. Esta no tenìa duplicada; porque en teniendo que remudar, socorrìa con lo que le quedaba à los pobres que le buscaban; y la que retenìa era por lo comun rota y ordinaria. Una sobreropa que se le hizo de paño delgado por aliviarlo de las espaldas, el mismo dia la cambiò con el hermano enfermero que la

lle-

llevaba muy tosca, diciendo: que aquella le era mas ligera. Asì le pesaban tambien los muebles del aposento; por lo qual no admitìa mas adorno que una cruz de palo, dos estampas de papel, con una ù otra silla de las mas viejas. Al peculio le tenìa horror. En tantos años que manejò esta Provincia y todos sus intereses, no se le viò reservar algo para sus necesidades ni las ajenas, y solo tenìa algunas monedas, que de tiempo en tiempo pedìa al Procurador, para acallar à los Pobres que se le entraban por la puerta. En una ocasion llegò à èl un Caballero Tìtulo que habìa tenido uno de los mayores caudales del Perù. Habìase reducido à una pobreza suma, y hallàbase con su muger y toda su familia enferma. Meditò que un Padre que habìa sido Provincial tantos años, podrìa facilmente remediar su indigencia con una erogacion competente. Expùsole con energìa (que siempre la tienen los pobres) sus trabajos: y despues de haberlo oido,

le

le dixo : Señor Marquès por mas que V. S. ha consternado mi corazon con su alegato, yo no puedo estender mi socorro à mas de lo que se estiende mi caudal que es un real solo. Abriò su pobre alacenilla y se lo entregò, remitièndolo al Prefecto para que aliviase en mayor parte su necesidad. Fue esto respirar de su angustia: porque aunque despues le asignò de la casa un socorro diario ; por entonces, aunque el Caballero duplicò su verguenza, solo consiguiò aumentar otro real que era todo lo que tuvo aquel Prelado. O ! Dios conserve en nuestros Pròceres este espìritu de pobreza , tan necesaria à quien gobierna escuelas de abnegacion.

Habiendo sido Superior casi todo el tiempo que viviò en la Religion , no se juzgarà verisimil que la obediencia fuese la virtud en que mas diò que admirar. Mas tendria lugar este juicio , si à èl le hubiera faltado , ò Prelado ò Regla à quien obedecer. El primero à quien siempre viviò suge-

geto fue su entendimiento. Aquel natural dominante que tanto se insinuaba contra el desòrden: que tanto se hacia temer del religioso mas denodado: que tanto ponderaron de terrible algunos poco arreglados: este natural digo, vivìa de ordinario conjurado contra su misma superioridad. Con la misma fogosidad con que intentaba una providencia que le parecìa justa: con esa misma (si nò era mas esforzada) se volvìa contro sì, quando hallaba haber dado un paso hàcia la destemplanza ò sinrazon. A la verdad no tenìa el sùbdito tanto que soportar en sus preceptos ò en sus correcciones, como èl tenìa que vencer antes de darlas, al darlas y despues de darlas. Solo en esta materia padeciò tormentos indecibles: y me atrevo à afirmar que no tendrìan consonancia tal vez los que padecieron todos sus sùbditos en sugetarsele. Tan acerbo Prelado tenìa en su misma razon. No lo eran asì los Prelados mayores à quienes vivìa subordinado. Obedecìa humilde sus

òrdenes, y alguna vez le vì besar con religioso acatamiento las que le remitian escritas. Repugnaba continuamente las reelecciones que hacìan en su persona: mas se sometìa à la voluntad de Dios luego que se le intimaban, ansioso de vivir en obediencia: y no hallando otro recurso, se esmeraba en practicarla respecto del confesor, y à falta de este à qualquier sacerdote. O! y lo que yo dixera, si hubiera de referir lo peregrino de sus abatimientos en esta sola materia! Dirè por no ser prolixo lo que obedecìa à la Regla.

No puede dudarse que esta fũe una Ley, que como la de los preceptos llevò siempre colocada en medio de su corazon. Jòven ò anciano, libre ò embarazado, sano ò enfermo, siempre le daba lugar à su observancia. Ni quando la naturaleza se embaraza en su misma robustez: ni quando la falta de fuerzas le escusaban del trabajo, dexò de concurrir à la hora de oracion por la mañana, fuese la estacion que

se

se fuese : al exâmen de conciencia con los novicios y demas actos de comunidad. Quando estaba en casa , despedìa à la persona de mas respeto , si sonaba la campana comun , y ocupado en el ministerio ò en otro exercicio exterior , ò en èl , executaba lo que en casa hacìa la comunidad en aquella hora , ò lo suplìa luego que la ocupacion cesaba. Sano , nadie habìa que lo atajase de su observancia. Enfermo , bien podìa ser grave el mal , si habìa de escusarlo ; pero si era tolerable , ò se hallaba de un dia levantado , aun con riesgo de la recaida se dexaba vèr de repente en la capilla , en el refectorio y demas lugares donde iba la comunidad. La observancia de la Regla era la ordinaria materia de sus plàticas. Los defectos de la Regla eran los comunes asuntos de su enojo , y enojo en ocasiones inexôrable hasta con los mismos Prelados que , ò disimulaban sus faltas , ò en su observancia se indultaban como absolutos. Referirè à V. R. lo que sucediò à

uno

uno de estos. (No quiero ocultar que fuì yo.) Asistiendo à una enferma en un Monasterio distante, con motivos prudentes se dispensò la Regla de no percibir, &c. que no nos obliga à pecado, tomando en secreto una refaccion corta para poder continuar la asistencia. Llegò à noticia del P. Martin, y tanto se enardeciò de esta falta, que luego intentò castigarlo en pùblico. Contuvieronlo otros Religiosos graves, y se reduxo à reprehenderlo en secreto. Hìzolo tan severamente, que despues de haber soltado todos los diques de su enojo, no quiso mirarlo apacible, ni menos confesarse con èl como lo hacìa, en mas de seis meses despues. El demasiado rigor que aquì puede notarse, soy yo el primero que lo embono. Nuestra Regla del desinteres, aunque es de los comunes de nuestro Còdigo, es muy particular en la sustancia de nuestro Instituto. Esta Regla, en juicio del P. Martin como de todos los buenos hijos de S. Camilo, es el mas precioso realce

que tiene la joya de nuestro angèlico Ministerio: la llave que nos franquea todas las puertas de pobres, ricos y poderosos; y un foco en que se recoge toda la virtud y fuerza de nuestro corazon deleznable, para emplearla en solo encender y abrasar el del enfermo que se auxîlia. Asì la mirò siempre Nuestro Padre: asì la hizo observar, con tan felìz suceso en este Reyno, que esta sola Regla le ha grangeado al Instituto muchìsimos quilates de estimacion, y à las almas utilidades imponderables. Asì la observò èl, desentendièndose de muchas ofertas que le habìan hecho varios enfermos à quienes auxîliaba, porque los auxîliaba: perdiò en una ocasion una famosa librerìa, cuyo destino se dexò à su eleccion, y la hizo en una comunidad estraña. Una herencia de cien mil pesos, para la qual lo llamò un enfermo; y perdiò por no hablar en el asunto una palabra, y otras varias cantidades en que pudo haber beneficiado à su Religion; la que nunca contempla-

ba mas rica, que quando mas poseedora de este apostòlico desasimiento.

Dexando la relacion de las demas virtudes que adornaron su alma, y se traslucen bien en todo lo referido; solo dirè alguna cosa de la devocion que siempre tuvo al Augusto Sacramento del Altar: à los trabajos del Redentor: à la Emperatriz del cielo Marìa Santìsima; y à Nuestro glorioso Padre San Camilo. El Sacramento Eucarìstico, que miraba como el Misterio de los misterios, le tenìa cautivo el corazon. No se hallaba sin recibirlo y venerarlo. Eran freqüentes las visitas que en el discurso del dia le hacìa; y quando podìa lograrlo expuesto, lo iba à buscar aunque fuese à Iglesia estraña. La devocion de que se veìa ocupado: el fervor que enroxecìa su rostro: lo inmoble que su cuerpo quedaba à la presencia del Señor, excitaba el afecto del mas distrahido que lo mirase. Delante del Señor no podìa ceñirse à otros discursos, ni à escuchar otro asun-

to,

to, aunque fuese muy importante. Asegurà una hija suya espiritual, que quando estando el Padre en el confesonario se descubrìa el Santìsimo Sacramento, se le quedaba suspenso sin poderle contestar ni tratar cosa alguna; de tal modo que se veìa precisada à dexarlo, ò mantenerse al calor de sus afectos, que luego se excitaban ardientemente en ella de solo contemplarlo. Escribiò varias consideraciones y oraciones de mucha suavidad, para despertar el conocimiento de este misterio inefable, y adorarlo en espìritu y verdad. Todos sus ahogos, sus dificultades, sus dudas, las guardaba para el altar; de donde sacaba tales resoluciones, que parecìa haberle hablado el Señor sensiblemente: tales consuelos, que deseaba dar despues la Comunion por volver à santificar sus manos con aquel nuevo contacto del Señor, que jamas querrìa apartar de sì. Por esto exôrtaba siempre al sacristan que diese cuerpo à las hostias quando las fabricaba; porque tardàndose

dose mas la digestion de la especie, ese mas tiempo lograba de la compañia real de Jesu Cristo.

A este mismo paso tenia puesto su corazon en los demas misterios del Salvador. El Nacimiento de Jesus en Belèn lo derretia, y à todos nos conmovia con las Plàticas que la vispera de Navidad hacia à la comunidad. La huida à Egypto era de ordinario el lenitivo de sus angustias. Parecia haber tenido alguna luz especial de este misterio, segun hablaba de èl: segun se enternecia al vèr à Dios fugitivo del hombre: al Criador mostrando temor de su criatura. En la sagrada Pasion perdian pie sus afectos. Miraba à Jesus como un Fiador amoroso de los mortales, empeñado en pagar con sus dolores las deudas que à èl podian tenerlo condenado. Sus Llagas como cinco puertos donde asegurarse en las continuas borrascas de su espiritu; y su sangre como un mar de rosicler donde endulzar su corazon amargo, y lavar las

man-

manchas que tan obscurecida tenìan en su alma la imàgen del verdadero Dios. Su Cruz como un estandarte de salud, que à èl y à todos los seguidores del Cordero convidaba al sacrificio de los sentidos del cuerpo y del corazon. De aquì nacìa aquella ternura que se le veìa rebosar en sus demostraciones, en sus palabras, en sus ojos; particularmente en los dias de Semana Santa, en que por los divinos oficios se hace mas sensible memoria de la Pasion sagrada. Sin mas que vèrle celebrarlos, movìa los mas duros corazones. Al mostrar al Pueblo la Santa Cruz el Viernes, no se podìa contener. El primer *Ecce Lignum*: lo decìa algo entero; y en los demas rompìa el llanto de modo que sin quebranto no se podìa oìr. Paraque mas bien se vea el fondo que tenìan sus consideraciones, y el provecho que siempre sacaba de ellas que es la mejor devocion: pondrè aquì un papel que la tarde de Jueves Santo escribiò à una hija suya espiritual, de quien ya se

hizo mencion. Dice asì: *Hija N. esta noche instituyò el Señor en su Iglesia el convite en que te regalas todos los dias. Esta noche lavò los pies à sus dicìpulos, y esta noche el Señor absoluto de todo lo criado emplea la Magestad y el Poder que su eterno Padre le habìa puesto en sus manos, en ponerse à los pies de doce pobres criaturas suyas para servirlas como esclavo. Y esta noche es buena ocasion de arrojarle en aquella bacìa nuestro corazon, paraque lo lave; pues està podrido: lleno de corrupcion y de llagas: lleno de miserias, de ingratitudes y mala correspondencia: y le debemos suplicar que crie en nuestro pecho un corazon limpio, y renueve en nuestras entrañas un espìritu recto con que le podamos servir, amar y agradecer tanto como le debemos.* Aquì parece se dexò llevar de sus sentimientos; pues no prosigue ni aun firma su papel como lo tenìa de costumbre: y no es estraña esta creencia, sabiendo quanto

le arrebataban el corazon los misterios que obraron la redencion humana, y la fineza que el Señor nos ostentò por ellos.

No era menos lo que se advertìa de su afecto à Marìa Señora nuestra y Madre de Dios. Desde sus tiernos años la mirò como à Madre suya, y la invocaba con una ternura, que parecìa saborearse con su dulcìsimo nombre como con un panal de miel. Aunque en la Reyna de los cielos no le disonaba el renombre de Madre suya, por serlo de todos los pecadores; pero á èl sì el titulo de hijo de tan augusta Señora. Por eso dexàndola en posesion de aquel glorioso epiteto, èl se tomò el de su esclavo, como se vè por una cèdula que entre los papeles de su mayor aprecio se encontrò firmada de su mano, que dice asì.

CARTA DE ECLAVITUD A MARIA SANTISIMA MI SEÑORA.

„SEpan todos los que esta Carta vie-

„ren,

,, ren, como yo Martin de Andres Perez,
,, indigno Ministro de los Enfermos, me
,, vendo por esclavo de la Vìrgen Marìa,
,, excelsa Madre de Dios y Señora mia,
,, con donacion pura, libre y perfecta de
,, mi persona y bienes espirituales ò meri-
,, torios; paraque de mì y de ellos dispon-
,, ga à su voluntad como verdadera Se-
,, ñora mia. Y por quanto me reconozco
,, indigno de merced tan grande, ruego
,, humildemente al Santo Angel de mi guar-
,, da, al Señor San Josef y demas Santos de
,, mi devocion, me alcancen de tan gran
,, Reyna el que me reciba por el mas in-
,, fimo de sus dichosos esclavos, y me
,, numere entre sus siervos. Asì lo espero
,, de la amplia y generosa benignidad de
,, mi Señora la Vìrgen Santìsima, y del pa-
,, trocinio de mis intercesores los Santos
,, de mi devocion que me favorecen. Asì
,, lo siento y por ser asì lo firmo: (y oxalà
,, fuera con la sangre de mi corazon) en
,, esta Ciudad de Cadiz hoy dia quince de
Di-

,, Diciembre de mil setecientos treinta y seis.

,, Vil Esclavo de mi Señora la
,, Vìrgen Santìsima.

,, El Pèsimo Martin de Andres
,, Perez.

Fuera del tributo que todos los dias le pagaba en el piadoso oficio que compuso el Venerable Obispo Don Juan de Palafox, en el Santìsimo Rosario y otros Hymnos que en loor de Marìa recitaba, se le oìa muchas veces desahogar su afecto con breves y ardientes Jaculatorias. Solìa estar en oracion, y de quando en quando decìa esta expresion: *Dulcìsima Vìrgen Marìa*! Tan encendidas, tan afectuosas y tiernas salìan estas voces, que parecìan ser un epìlogo de sus cariños, de sus regalos y de sus peticiones à esta Santìsima Señora. Asì la honraba, como la invocaba y la adoraba. ¡ Quanto se esmerò

en hacerla reverenciar baxo el Tìtulo de María Santìsima de la Buena Muerte! ¡Con què zelo celebraba su Fiesta el dia que triunfò de la muerte por su gloriosa Asuncion! En este Misterio y Tìtulo parece tenìa el depòsito de su seguridad, y de los mortales todos que en èl quisiesen adorar è invocar à su amabilìsima Señora. Correspondiòle à esta confianza la gran Madre de Dios, del modo que despues dirè en las circunstancias de su muerte; y ¡oxalà tanto los que gozamos la dicha de ser domèsticos suyos, como los que no la logran, consagràramos todos las medùlas de nuestro corazon: lo mas entrañable de nuestro afecto à la adoracion de Marìa en Misterio tan dulce! No fuera ella menos correspondida, que lo fue à Nuestro Padre. No fuera menos generosa, que ha sido con tantos ingratos que en qualquier Tìtulo la veneraron, invocàndola en aquel en que nos señala el blanco à que se dirigen sus propiciaciones: el centro (para decirlo asì) en

que

que descansa su piedad ; y el vergèl que le rinde los lauros de Reyna, de Señora, de Madre, de Abogada, de Compañera de los mortales, que es la Buena Muerte.

La Devocion y amor à Nro. Santo Padre Camilo de Lelis, con frases ningunas puede explicarse como con los periodos de su misma vida. Desde que se enterò de su historia entrando en la Religion, le pareciò esta el modelo mas adequado por donde nibelar sus operaciones. Tomò à tanto empeño el imitarlo, que no solo en las acciones, pero en los sentimientos denotaba llevarlo en la mano como pauta: con ofrecerse de continuo à nuestra vista como un San Camilo transmigado, siempre andaba receloso de si sus obras lo harian digno del tìtulo de hijo suyo. Esto era lo que anhelaba: à esto le dirigìa todos sus ruegos, y à esto en sus mismas desconfianzas nos exôrtaba à todos: *Temo, temo* (decìa) *que el dia de mi residencia, aquel Hombre tan misericordioso me lance con igno-*

mi-

minia, desconociendome por hijo. ¡O confusion de los que merecimos tal exemplo! O! pobre de los tibios pecadores como yo que nos desentendemos de los preceptos de tal Padre! No permita Dios que hagamos obras por donde este Justo sea el primero, que aquellas manos tantas veces emplastadas (como el decìa) *en la masa de la caridad, las lave con las sangre de nuestro castigo el dia de las venganzas.* Tanto deseaba que Nro. Sto. Patriarca comunicase su espiritu à todos sus hijos, que à este fin le consagraba todos los años el Novenario que en esta Iglesia se celebra antes de su festividad. A las Misas no querìa se les prescribiese otra ninguna obligacion, ni nadie las dotase, si nò era para este fin. Querìa que fuesen con la posible solemnidad: y porque se hiciese con el debido fervor, èl mismo se subìa à rezar el exercicio, y muchos años acompañò con plàticas todas los dias sobre sus virtudes con gran provecho del pueblo que lo oìa.

CON

§. III.

CON tanto batallar por hacer fiel à Dios su alma y su corazon: con tanto trabajar por el consuelo y salvacion de sus pròximos: con tanta exâccion en el exercicio de las virtudes, no podìa el Señor negarle aquellas gracias que son comunes à los que le profesan lealtad. El penetrar los interiores: el prevenir las cosas futuras, y obrar otras maravillas, no regulares en quien no le sirve, fue muy familiar à Nro. P. Asì lo comprueban muchos sucesos que deponen personas fidedignas con la autoridad del juramento. Pondrè à V. R. algunas de las que ahora ocurren.

Velando el P. Martin à una enferma en este Monasterio de Cistercienses de la Santìsima Trinidad, una de las Religiosas que acompañaban, dudaba en su interior que serìa mas grato à Dios: si permanecer con la enferma, ò irse à descansar para levantarse al coro. Quando mas

perplexa estaba en esta duda, le dixo el P. *La voluntad de Dios es, que V. R. se retire, y se levante à su tiempo à alabarlo con su comunidad.* Quedò tan espantada del dicho, que no tuvo libertad. Levantòse, y lo empezò à alabar desde aquel punto, viendo como su Siervo leia los corazones. Un sacerdote nuestro viendolo un dia, se admiraba de las virtudes que el Señor habia depositado en èl; persuadiendose en su interior à que Nro. P. era verdaderamente santo. Antes de distraherse el religioso de este pensamiento, lo cogiò de la mano y le dixo: Padre, hàgame la caridad de oirme en penitencia. Retiròlo à parte oculta, y le dixo todas aquellas faltas que le parecieron mas graves, y al concluir su confesion, le dixo: *Por todo lo dicho verà V. R. si soy santo como ha pensado de mì. Vea V. R. si ha tratado algun santo con tantas y tan enormes faltas.* Intentò desengañarlo, y lo confirmò en su juicio; no solo por verlo descubrir-

le

le el que habìa hecho, como por oìr unas culpas que no tenian mas gravedad que la que el P. les daba en su ponderacion.

Era Nro. P. muy aficionado à la pintura, y acostumbraba algunas veces ir à vèr trabajar al insigne pintor D. Cristobal Lozano. Este por el grande afecto y devocion que le profesaba, disponìa como retratarlo, cogièndole al descuido algunas de sus facciones cada vez que lo visitase, hasta completar el bosquejo. Penetròle la intencion, y no volviò à entrar en su casa. Intentamos hacerlo, escondiendo à este artifice en la sacristìa de la capilla, por cuya cerradura podìa vèrlo bien mientras oraba: y el dia en que esto se debìa executar, dexò el sitio ordinario, y prosiguiò arrodillàndose en otro donde nada se le podìa vèr. En las privaciones ò transportes que padeciò meses antes de morir, me pareciò podìa lograrse. Previne à D. Cristobal paraque aprontase los materiales, y viniese al primer aviso: y esperando que

se volviese à privar, nadie pudo despues conseguir vèrlo. Desistìmos todos del empeño, viendo quanto se adelantaba siempre su penetracion à nuestros intentos.

Desvelado un sacerdote nuestro una noche, se acercò hàcia la Iglesia que à la sazon se nos habìa casi arruinado. De lo interior de ella oyò un estrèpito de azotes, que en la multitud y en el rigor con que los descargaban, conociò era el autor Nro. Padre. Retiròse sin ser visto à una pieza obscura, obligado de una urgencia. A poco rato llegò el P. Martin à la puerta, llamòlo por su nombre, y le dixo: *V. R. ya que oye, no hable*. Dexòlo mudo de su misma confusion, y no pudo averiguar, ¿còmo supo, que lo habìa oìdo, estando engolfado en su castigo? ¿Còmo lo habia conocido, habiendo paredes de por medio; y còmo acertò el lugar donde se hallaba, estando obscura la noche, sin que Dios se lo hubiera revelado?

Asegura una confesada suya de quien

ya hemos hablado, que de tal manera penetraba los movimientos de su interior, que muchas veces sin decirle ni escribirle ella lo que le acaecìa, se hallaba con algunos papeles suyos en que, ò la alumbraba en sus ignorancias, ò la determinaba en sus dudas, ò la consolaba en sus aflicciones, como si le hubiese hecho una exâcta relacion de ellos.

A esto da mayor peso lo que se experimentò en su prevision de cosas futuras. Caminando al refectorio la comunidad al medio dia, se parò el P. Martin, y como si repentinamente le hubieran trahido alguna nueva, apartò à un sacerdote y le dixo: ahora, ahora vaya V. R. al Hospital de S. Andres, y al nùmero tantos de cruxìa de tal sala, encontrarà un muchacho enfermo. V. R. prepàrelo con cuidado y confièselo, y no se venga à casa hasta haberlo todo evacuado. Añadiòle despues: no se satisfaga V. R. por lo que èl dixere, ni dexe de exâminarlo prolixamen-

598

te por vèrlo tan muchacho, que asì importa. Fuese al dicho hospital el sacerdote que era de zelo, y hallò un muchacho donde le habìa dicho, como de cinco años en la edad, pero como de veinte en el despejo, y como de quarenta en los vicios. Estos no los descubriò à primera vista: fue necesario que el P. con repetidas preguntas y artificiosas indagaciones, le hiciese descubrir tanto nùmero de pecados, y tan horrendos, que solo oyèndolos de la boca de aquel rapaz podìan creerse posibles en edad tan corta. Corregido y absuelto despues de dos horas y media de trabajo, se volviò à casa. Encontròlo el P. Martin, y sus primeras razones fueron: *Gracias à Dios que se logrò: gracias à Dios: el Señor premie à V. R. obra tan grande.* Todo lo acaecido, y el saber que el P. Martin no habìa estado antes con tal enfermo, trahian atònito al sacerdote. Volviò despues con mayor cuidado, y lo hallò tan malignado, que no tuvo que hacer sino minis-

tarle los socorros restantes y ayudarlo à bien morir. Espirò en sus manos, y las levantaba al cielo que à Nro. P. daba tales luces, y à las almas socorros tan oportunos.

Asistiendo à cierto enfermo el P. Martin, llamò à una negrita que entre otras estaba jugando en el patio. Acariciòla mucho, y preguntòla: si alguna vez se habìa confesado: si le habian enseñado la Doctrina cristiana. Dìxole ella que lo segundo sì, mas lo primero nò; porque no tenìa edad para cumplir con la Iglesia. Pasò à instruirla en el modo de confesarse, y le dixo: que el dia siguiente quando volviese à vèr al enfermo la habìa de confesar. Volviò el Padre puntual al otro dia, y luego preguntò por su negrita. Retiròse à solas con ella y confesòla, admiràndose todos del esmero y caridad de Nro. Padre. A costa de un sobresalto vieron el alma que aquella diligencia tenia; porque à pocas horas de despedido, se cayò muerta la negrita entre los demas con quien jugaba.

Llamaron à un Padre para una confesion de la convalecencia de mugeres de S. Pedro de Alcàntara, à tiempo que ocupado, no solo no pudo ir, pero ni aun retener en todo el dia la memoria del mensage. Destinàronle la siguiente noche à la visita de dos enfermos por el bàrrio de la Venturosa que està en la estremidad opuesta de la ciudad. Logrò que uno y otro muriesen en sus manos; y al regresar para casa, se acordò de la confesion que no habìa hecho en la convalecencia; y resolviò partir à evacuarla. Al pasar por el Monasterio de la Concepcion, cuyas ruinas algun tanto embarazaban la calle, oyeron tan fuerte y desentonada algazara, que retrocediendo las mulas y despavorido el compañero, juzgaron no poder dar paso adelante. Picaronlas, invocando el nombre de Dios, y se hallaron de la otra parte del peligro. A pocos pasos se les obscureciò de tal manera la noche, que no se veian uno à otro, ni podìan distinguir donde se ha-

hallaban. Oyen pasos de hombre, y le suplìcan los dirija para los Incurables, inmediato hospital de esta convalecencia. El hombre sin hablar palabra retrocediò, como haciendoles guia. Sin saber por donde iban, se hallaron despues de mucho en un ègido que llaman pampa de lara; parage distintìsimo del que buscaban. Reconocido el lugar y cansados de andar, hizo alto el sacerdote que ya sospechaba del conductor y su silencio: Con luz particular tomaron su camino otra vez hasta llegar à la convalecencia. Hallaron à la enferma fatigada, y sin haber tenido el menor socorro espiritual. Determinò el sacerdote acelerar la confesion, y exôrtàndola al verdadero dolor, y dando ella muestras de tenerlo; asaltada de un syncope violento, rindiò à pocos minutos la vida. Combinando la celeridad de esta muerte en quien no tenìa disposicion, con la serie de sucesos acaecidos desde por la mañana, y no quedàndoles duda à los religiosos de ha-

ber estado muy interesado el demonio en la perdicion de aquella alma, se volvieron consolados à casa como à las quatro de la mañana. Al abrir la puerta, se encontraron con el Padre Martin. Recibiòlos con un semblante risueño, y sus primeras razones fueron: *Buen chasco; pero buena noche. Buen chasco; pero buena noche. Cuèntenme, cuèntenme como ha ido.* Con estas ùltimas palabras tirò à disimular lo que se viò que sabìa, aun sin haber tenido ocasion de saber nada: y no tuvieron tanto que ponderar en el suceso, como en las muestras que les diò de haberle previsto, ya que no se crea lo governò con su oracion.

Desahuciado de los mayores Medicos y sin la menor esperanza de vida, se hallaba la ilustre Señora Doña Maria Fernandez de Cordova, matrona exemplar, en quien los pobres perdìan una madre: los huèrfanos una tutora: ~~una redentora los pecadores~~: los penitentes una maestra: una protectora los religiosos: nuestra orden una

be-

benefactora insigne, y toda esta ciudad un modelo de piedad, de religion, de modestia y amor à todo lo bueno. Entrò el Padre Martin à visitarla en qualidad de moribunda, deseoso de corresponderle el amor y confianza que siempre le habìa debido. Vièndola rendida à un profundo letargo, orò en secreto sobre ella. dixola de oficio algunas palabras de consuelo; y despidièndose de su familia y personas devotas que sentidas la acompañaban, les dixo: yo me voy: no hay porque afligirse: la enferma no morirà en esta ocasion: ella vivirà, aunque serà sufriendo bastantes trabajos por amor de Dios. No cesò de repente la enfermedad; pero cesò en breve el peligro. Van pasados cerca de dos años, y se mantiene viva, pero impedida; y acreditando en su paciencia, si nò el milagro, à lo menos la profecìa de nuestro Padre.

Ayudando à bien morir à una muger privada que se hallaba en la reputacion de doncella, estuvo explorando entre las asisten-

tes qual era de mas virtud y mas secreto. Entrò en la ùltima agonìa la doliente, de quien no tenìa la menor noticia, ni habìa conocido hasta entonces. Logrò el morir en sus manos: y echando toda la gente à otra pieza, llamò solo à la que antes habìa notado de capaz para el asunto. Mandòla traher un jarro de agua: dixola despues registrase todo el cuerpo de la difunta con el mayor cuidado; y hallò, que al tiempo de espirar habìa parido una criatura, como de tiempo de quatro meses, viva y capaz del santo baptismo. Atònita la muger, no sabìa que deliverar. Mandòla el Padre sacar; baptizòla con el agua prevenida, y la hizo reservar, encargandole extremadamente el secreto. Este caso lo manifestò à algunos Religiosos en ocasion de encargarles el cuidado sobre las preñadas moribundas, diciendo habìa sido corazonada: mas yo se lo hice referir despues, y lo hizo con las circunstancias que se ha dicho, aunque interpolando otras especies con que tirò à confundirlo.

Bas-

Baste lo dicho en prueba de la luz que Dios le daba de las cosas futuras: y paso à referir algunos casos en que la mano de Dios se ostentò maravillosa por las de Nuestro Padre. Visitando este à un negro moribundo, le hizo esta pregunta: ¿Què quieres hijo, sanar ò morir? Padre, sanar para servir à Dios, dixo el enfermo. Saliòse de la pieza el Padre, y con gracia dixo à los de la casa: el enfermo està empeñado en querer sanar, y hemos de probar à darle gusto. Trahigan unas lechugas, que creo han de ser eficaces. Traxèronlas, estraxo el zumo en un vaso, y se lo diò à beber. Era medio disparado para el accidente; pero saliòle tan bien, que la mejorìa y la salud se tuvieron por manifiesto prodigio.

El Señor Don Josef Villegas, Capitan de Infanterìa del Presidio del Callao, se hallaba poseido de un tabardillo, que aunque al principio diò lugar para confesarse, mas cogièndole despues la cabeza, lo im-

posibilitò para recibir el Santìsimo Viàtico; al paso que lo acercò al ùltimo riesgo. A hora intempestiva de la noche saliò el P. Martin, y dixole al Compañero: vamos afuera, que luego volverèmos. Llegaron à la casa: saludò à los circunstantes; y sin otra diligencia, se hincò de rodillas y los obligò à que le respondiesen à las letanìas de Nuestra Señora y otras preces que dixo sobre el enfermo. Acabada esta oracion, se despidiò y volviò à casa. Inmediatamente el enfermo que se hallaba ocupado de un letargo profundo, logrò despejo cabal. Traxèronle el Santìsimo, y con èl la salud entera; pues contra toda esperanza se repuso, y hoy se mantiene bueno.

Habìa en el Hospital de San Andres un enfermo tan desalmado, que viendose oprimido de un mortal accidente, en vez de pedir los Sacramentos, los despreciaba; y despreciaba tambien à todos los confesores que intentaban absolverlo. Habian sido

va-

varios y los de mas espìritu los que habian llamado para contrastar su dureza. El era algo sordo, y se fingìa mucho mas por no contestar à la instancia que se le hacìa para su disposicion. Viendo que nadie lo podìa vencer, se le ofreciò à un hombre que habìa concurrido à servir, llamar al P. Martin, de quien confiaba el logro de aquella alma. Resolviòse este con otros en ir à llamarlo: y al llegar cerca de casa, lo encontraron que iba hàcia el Hospital muy risueño. Antes que le dixeran à lo que iban, les hablò estas palabras: *Allà voy: allà voy*. Quedaron algo sorprendidos: y caminando con èl, le dixeron como lo iban à buscar para un enfermo que necesitaba de confesion: : : *Allà voy: allà voy*: les volviò à repetir; y sin detenerse llegò à San Andres: se fue derecho à la cama del mencionado, y no le dixo mas palabras que estas: *Hijo, quieres confesarte?* A esta pregunta, sin la menor resistencia ò perplexidad, respondiò el enfermo: *Sì Padre, pero*

nò

nò aquì. Estaba en cama de cruxia, y siendo sordo, no podia hacerse en sigilo la confesion. Mandò el Padre à dos practicantes lo cargasen con la cama à un quarto escusado, donde el solia llevar à los de esta naturaleza; pero como la puerta fuesse muy angosta y el catre muy ancho, no hallaban los portadores como meterlo. Estuvieron trabajando en esto largo rato; hasta que advirtièndolo el Padre Martin, les ridiculizò algun tanto su poca habilidad: y cogiendo con gracejo el catre, sin ayuda de nadie lo metiò instantaneamente en la pieza, junto con el enfermo. Todos quedaron pasmados à vista de la accion y del prodigio; porque todos vieron claramente (y asì lo afirman con juramento) que al catre le sobraba una tercia del ancho de la puerta, quando le manejaban los practicantes; y luego que el Padre puso mano à introducirlo, à la puerta le sobraba la tercia que antes le faltaba. Calificaron que todo lo que ocurrìa en el lance

era

era maravilloso: el saber que lo llamaban para el asunto sin conocer à los mensageros, ni habèrselo dicho: el reducir al enfermo à confesarse con sola una palabra, habiendo sido otros repelidos despues de cansados; y el allanar la puerta que por estrecha retardaba la confesion. Creese que las conseqüencias serìan prodigiosas, como lo fueron los antecedentes.

A una hora tambien intempestiva, como cerca de las doce del dia, abochornado y presuroso mandò à un Novicio lo acompañase. Dirigièronse al Hospital de Santa Ana, donde preguntando por el Enfermero mayor, lo llevò al mortuorio ò pieza donde se depositan los cadàveres hasta el tiempo de su entierro. Hizo entresacar el de una India de muchas horas difunta, yerto, y resumido de modo que nada se conocìa de lo que se viò despues. Mandò al Cirujano la abriese. Estrañò vèrse executado para una operacion, que de todos modos la miraba superflua: mas reducida

à execucion, se hallò con asombro de todos entre aquellas entrañas frias una criatura viviente, que en sus movimientos demandaba de los presentes el agua del santo baptismo. Echòsela con gran regocijo el Padre Martin, y se despidiò con celeridad por no oir las ponderaciones del prodigio.

§. IIII.

PRacticando el P. Martin de Andres aquellas virtudes: descubrièndonos (bien que à su pesar) estos privilegios de su espìritu, y otros que se pudieran añadir (si esta relacion no hubiera de ceñirse à los tèrminos de una carta puramente edificativa:) quiso el Señor acendrarlo en el mismo crisol que le preparò desde el principio, que fue la cruz de sus recelos y dudas. En el fin de su edad, en que su alma robusta mas que nunca por lo que habìa acrecentado de gracia mediante tantas buenas obras: en este tiempo digo, dexàndolo

lo el Señor en la mayor desolacion, y conjuradas sus pasiones con desafuero nunca experimentado, padeciò los tormentos que no puede exprimir la pluma, ni caben en la imaginacion de quien no los tanteò con la experiencia. Sobre qualquier accion de la vida pasada: sobre qualquiera razon que oìa: sobre cada persona que trataba: sobre cada doctrina que leìa, ya fuese de la Escritura Santa, ya de la Teologìa, ya de la Mìstica; levantaba nuevos torbellinos su imaginacion, de dudas, de recelos, de escrùpulos que lo ponìan en la mayor congoja. Esta continua anxîedad, y el temor de que se veìa sobrecogido, le enflaquecìa el apetito: le debilitaba el estomago: le ahuyentaba el sueño, y excitaba de tal modo su melancolìa, que nos parecìa imposible, ò que su vida durase, ò no se trastornase el juicio. Conjuròse contra sì de nuevo, y à poder de tormentos querìa conquistar la calma para su corazon. En los silencios de la noche apuraba sus inven-

cio-

6/2

ciones, y los turbaba con el estrèpito que hacìa en sus castigos. Fue necesario quitarle el azote y todo instrumento de mortificacion. Buscaba el desahogo en el confesor, y de cada palabra de este deducìa nuevas dudas con que batallar. Estrañàbase este para su remedio, y buscaba otro: y tanta era su congoja, la plaga de especies, la fuerza con que el demonio las disparaba à su imaginacion; que falto de libertad traspasaba los preceptos que para su mayor satisfacion se le daban escritos. Todo el dia andaba tras del confesor, y tanto subieron de punto su lucha y su extenuacion, que reducido à la cama, por solo buscarlo la dexaba. Salìa del aposento sin reparar en su decencia. Desatinado se daba golpes terribles contra las paredes, hasta romperse varias veces la cabeza. En ocasiones se le encontraba caìdo en el suelo, pegadas sus mexillas contra la tierra, sin que todo el impulso que lo exponìa à caer, fuese capaz de darle otros alientos, que los

que

que tiene un cuerpo muerto arrojado. Tanta flaqueza, con tanta violencia de sentimientos, obligaban al confesor à encerrarse con èl, ò à encerrarlo con su enfermero, quien no bastaba para contenerlo, estando la puerta menos segura. Por la noche, à costa de una agonìa mortal, lo contenìa su prudencia, si nò era el Señor que algunas veces quisiese refocilarlo; como lo persuadìa el amanecer transportado, y continuar sin uso de sentidos la mayor parte del dia.

En esta deshecha borrasca, que por espacio de un año se le fue de dia en dia acrecentando, vino à fracazar su vida. Ninguna otra enfermedad mas que su flaqueza, se llegò à percebir que pudiese ser causa de su muerte: y como otros justos suelen rendirse à las ansias de vèr à Dios: à Nro. P. lo postraron los temores de perderlo, y los recelos de no amarlo; aunque el triunfo lo vino à reportar el amor segun parece. Muy de antemano se presa-

giò en la ciudad su ruina, y todos se lamentaban de perder à un sugeto que tantas prendas le habìa dado siempre de su piedad y zelo por su bien. Concurrieron à visitarlo varias Personas de distincion, Caballeros, Canònigos, y aun el mismo Ilustrìsimo Arzobispo el Señor Doct. Don Diego Antonio de Parada su apasionado, deseosos de vèrlo y encomendarse à sus oraciones: y hubieran concurrido mas, si nò se hubiera publicado que con nadie estaba capaz de hablar, sino es con el confesor. Con qualquiera se hallaba sin poder concluir un periodo: mas con aquel descubrìa una perspicacia de potencias: una afluencia de razones: una copia de argumentos, que no parecia natural en sugeto tan desfallecido y tan turbado. Pidiò los Santos Sacramentos el dia siete de Agosto: y al darle la Extremauncion, hizo un fervoroso razonamiento à la comunidad, encargando à todos la pureza de corazon: el fervor y zelo por la salvacion de las almas;

mas;

mas; que no se pudo escuchar sin làgrimas. Hizo despues desapropio de lo que tenìa, en estos tèrminos. „Por la gracia „ y misericordia de Dios no tengo mas „ ropa que la que puede cubrir mi cuer„ po en la sepultura. Si la santa obe„ diencia me quiere hacer caridad de ella, „ yo se la pido rendido por amor de Dios, „ y le serè agradecido en su presencia. En „ poder del Hermano Enfermero hay dos „ reales que han quedado, de ocho que „ me diò el Hermano Procurador para dar „ à los pobres que me venìan à buscar: „ yo los devuelvo à la santa obediencia „ con los pocos muebles que concediò „ à mi uso: y protesto querer morir des„ nudo de todas las cosas de la tierra por „ amor de Jesus, que es mi tesoro y mi „ corona. Todos se admiraban de que no se acabase la vida de un hombre tan agitado y consumido: y solo esperaban se dilatase por haberle oìdo decir no querìa interrumpir con sus exêquias los cultos que

à María Santìsima se estaban dando en el Quincenario que esta casa celebra en honor de su trànsito y favor de los moribundos. El dia trece, en que mas particularmente se solemniza este Misterio, entrando à visitarlo tres religiosos, con quienes siempre habìa tratado las cosas de su conciencia, nos dixo lleno de alborozo. *Ayudenme Padres mios à dar gracias à Dios: à este fidelìsimo y siempre augusto Señor, que por medio de su Purìsima Madre la Vìrgen Marìa me acaba de conceder ahora lo que con tantas ansias he buscado todo el espacio de mi vida, y no he sabido merecer. Ya llegò, ya llegò el reyno de la paz, à mi corazon, y una prenda cierta de que he de lograr mi salvacion: ya* ::: prosiguiò hablando sobre esto con tanto gusto: con tal delicadeza de afectos; que nos mirabamos atònitos de las obras del Señor con Nuestro Padre. Desde esta hora cesaron sus combates, y prosiguiò gustoso y despejado. El dia catorce hizo

ve-

venir al barbero, y le dixo: *Hijo: tù no puedes tener gusto en afeitar à un muerto, y los Padres te han de obligar à hacerlo en breve; yo quiero que lo hagas ahora: tù tendràs menos molestia, y no hay recelo de que quando yo muera estè crecida la barba.* Quiso el oficial traher agua caliente, y no se lo permitiò diciendo era mucha delicadeza para èl. Sentòse en la cama, y se hizo afeitar con agua fria. Siguiò asi desembarazado y jocundo, preguntando, como lo tenia de costumbre, por los religiosos enfermos. Dìxele que estaba agonizando el Hermano Vicente Moya, y al punto me repuso: *Vaya pues, vaya V. R. y hàgale una visita en mi nombre, y dìgale:::* siguiò, diciendome una exôrtacion tan completa, como si estuviera hablando con èl, hasta que lo parè con estas razones: Padre, ¿aun en el lance en que V. R. necesita de estos socorros, ha de estar pensando en ayudar à bien morir? *Sì Padre mio*, dixo: *sì Pa-*

dre mio: hasta la muerte dura el Voto, y su exercicio nos obliga hasta el ùltimo aliento en quanto nos fuere posible. Vaya V. R. y dìgale ante todo al Hermano: que no vacile, que el Señor le ha sido muy propicio. El dia siguiente, dia de la triunfante Asuncion de Nuestra Señora, comulgò tan denodado, que nadie recelò pudiese ser aquel el de su trànsito. Ocupòse de un suave transporte: principiò y acabò la solemne funcion con que en este Misterio celebramos à Marìa Santìsima de la Buena Muerte nuestra Titular, por cuyo culto y gloria tanto habìa trabajado. Descuidados todos, advirtiò el enfermero que el deliquio parecìa agonìa, y lo fue en efecto. A la una de la tarde, quando ya sus dobles no podìan servir sino de solemnizar mas bien los triunfos de Marìa Santìsima nuestra Patrona; en la misma postura: sin contorcion de miembros: sin deformar sus facciones: con un pulso no mas violento que lo que le era natural: con un

rostro apacible, y sonrosado: con los ojos blandamente elevados al cielo, diò el espìritu al Señor. El asombro nos dexò mudos por mucho tiempo: y la meditacion de lo acaecido y sus circunstancias, mientras nos ocupaba de la emulacion de su suerte, nos suspendìa las làgrimas que por otra parte querìa verter el dolor.

Una buena alma de aprobada conducta y muy regalada de Dios afirma: que al P. Martin se le revelò el dìa feliz de su muerte, y à ella tambien se le hizo este mismo anuncio. „ Yo estaba viendo (dice „ entre otras cosas) quanto lo regalaba el „ Señor con aquellas privaciones que padecìa en medio de tantas penas: y yo me apu„ raba con mi confesor, paraque lo obligase „ à descubrirlo; en lo que creo estuvo muy „ omiso; y sabiendo yo la hora en que „ habìa de espirar, me quedè en la presencia „ de mi Dios à rogarle lo acompañase. El „ lo hizo como quien es, y mas bien que „ lo que yo le podia pedir; pues con una

„cla-

„ claridad inexplicable vì, que el Señor
„ y su Santìsima Madre lo visitaban y
„ acariciaban tan dulcemente, que su cora-
„ zon no pudó resistir el incendio de amor
„ en que se abrasò en aquel instante; y
„ asì vino à morir en sus benditas ma-
„ nos. Entendì que una muerte tan pre-
„ ciosa era un justo premio de los muchos
„ trabajos interiores y exteriores que toda
„ su vida padeciò por guardar puro su co-
„ razon, y que se salvasen las almas que
„ habìa visto pelear con la muerte. El
„ muriò para empezar à vivir en la Pa-
„ tria, descanso ùnico de nuestras fati-
„ gas ::: hasta aquì lo que hace à nues-
tro caso en la relacion que obligada de la
obediencia escribiò esta sierva del Señor.

Durò el calor en su cuerpo muchas
horas, siendo en este clima el tiempo que
se reconoce mas frio. Sus miembros que-
daron dòciles y flexìbles, y asì se encon-
traron al tiempo de su deposicion. Su ros-
tro, antes arrugado y macilento, quedò re-
juve-

juvenecido y tan terso, que viniendo à retratarlo su afecto Don Cristobal, al vèr tanta diferencia en su semblante, dixo estas razones: *En varias ocasiones he querido bosquejarlo al descuido, y conociendome la intencion, me ha hurtado el cuerpo; y ahora que no puede hacer fuga, me hurta la fisonomìa, como si le valiera el ser humilde hasta despues de muerto.* La novedad se publicò en el punto en toda la ciudad: y temiendo por la gente que concurrìa, que habìa de ser el alboroto mayor si permanecìa insepulto, ò se hacia otra demostracion; se determinò escusar los clamores generales que acostumbra esta ciudad con tales personas, y depositarlo el dia siguiente, como lo hizo la Real, Sàbia y Venerable Congregacion del Oratorio de N. P. S. Felipe Neri. Con todas estas precauciones fue tanto el concurso, que el oficio de sepultura no se pudo hacer sin mucho embarazo. Al principio suplicaban las gentes por amor de Dios, les dexasen besar sus

manos. Despues perdiendo el freno de la moderacion, se arrojaban hasta à cortar pedazos de sus vestiduras, y aun à arrancarle los caballos. Acaeciò que el enfermero recogiese una frezada sobre que habìa ido el cadàver en el feretro: y tanta fue la gente de ambos sexôs que tras èl se entrò à lo interior de la clausura, que para acallar su exîgencia y contener su desòrden, no hallò otro medio que entregarla repartida en algunos pedazos.

No quiero escusar lo que despues sucediò con el Hermano Vicente Moya, de quien ya hice mencion. Este Hermano, que era del Reyno de Jaen, y por conseguir nuestro hàbito habìa andado cerca de quatro mil leguas, abandonado sus intereses mercantìles, y despreciado un matrimonio que le ofrecìa grandes conveniencias; habìa vivido en la religion en perfecta obediencia y religiosas costumbres. Asaltado de un tabardillo mortal, fue preciso disponerlo para morir, à lo que dixe

con-

concurriò Nro. P. desde su cama. Quando mas postrado, llegò un religioso y le dixo: „ Hermano Vicente: V. C. pare„ce que acompañarà à Nro. P. Martin „que està de partida: y con una satisfa„cion y serenidad estraña, dixo: *Sì Hermano; eso ya yo lo sè: porque el Padre, quando entrè en la religion, me dixo que habìa de ser su compañero, y lo reservò para ahora; porque desde que profesè, me puso en la porterìa, de donde no me he apartado sino para acompañarle à la eternidad.* Muriò el P. Martin, y muriò èl despues de algunas horas, con una paz que denotaba bien lo que aquel le enviò à decir dos dias antes: *Que el Señor le habìa sido muy propicio, y no tenìa que vacilar.*

§. V.

HE referido à V. R. en el blanco abreviado de esta Carta lo que pudo mi cortedad exprimir de los grandes quanto

co-

6-2A

copiosos exemplos de Nuestro venerado P. V. Provincial Martin de Andres Perez. La inmensidad de sus hechos, verdaderamente heroycos, estàn pidiendo de justicia un corpulento volùmen para la inmortalidad: pero mas que todo estàn exîgiendo, con David, de los que en la casa de Dios habitàmos à un mismo tiempo los interiores que los atrios: à los que profesamos (quiero decir) servirlo en el claustro, y ministrarle afuera en los pròximos; una reflexîon sèria sobre este catàstrofe, y un tributo de bendicion y alabanza al brazo que sobre el sèr, le diò tanta perfeccion: (a) *Ecce nunc benedicite Dominum omnes servi::: qui statis in domo Domini, in atriis domus Dei nostri.* Una reflexîon sèria, es decir, una consideracion sobre su muerte, que excluyendo aquellos sentimientos à que la naturaleza y el mundo nos instiga: que recomendando à nues-

tro

(a) *Psalm.* 133. *V.* 4.

ſtro corazon la dulzura, la paz, la provision de mèritos con que acabò su destierro, no dè lugar à que el Señor ponga à otros en expectacion, paraque sindiquen nuestra insensatez en la muerte de este Justo. (b) *Ecce quomodo moritur justus, et nemo percipit corde.* Una consideracion que tan fielmente pondere lo envidiable de su triunfo: que mùtuamente nos provoquemos à imitar la vigilancia con que viviò por la amistad de Dios: su mortificacion, su integridad, su fortaleza, y principalìsimamente su caridad; medios todos con que asegurò su victoria. (c) *Consideremus invicem in provocationem charitatis et bonorum operum.*

Esta especulacion reducida à la obra, es el tributo de alabanza y bendicion que aquellos exemplos nos demandan; que en resùmen es un vigor constante, para reprimir el ìmpetu de nuestros afectos depra-

(b) *Eccles. in Respons. Dominic.*
(c) *Ad Hæbr. 1. V. 24.*

vados: un esmero prolixo en no disipar el espìritu por el esterno comercio à que nos obliga la caridad: una emulacion de mayores carìsmas, anhelos perpetuos de la perfeccion regular que es todo el caudal con que las almas consagradas glorifican à su Señor. De manera, que aquella languidez mortal con que el mal Ministro de los enfermos se dexa arrastrar de sus pasiones, porque se le explicaron violentas: aquella inconexion que para desconfiar de su aprovechamiento encuentra el tibio entre las operaciones activas de nuestro Instituto y el silencio del corazon que exîge el estado: aquella criminal parcimonia en que camina el anciano, satisfecho de la labor que en la viña de su alma y de los pròximos hizo en la flor de su edad; son, al paso que unos rumbos de maldicion del todo reprobados, otros tantos Gebuseos que intenta combatir y derrivar de nosotros este verdadero Israelita.

Se heredò de nuestro primer Padre

(es verdad) uña complexion malignante; una naturaleza precipitada. Se llegaron à declarar las pasiones, sobre desmesuradas tan importunas, que el trabajo de soportar sus asaltos, vence à nuestra paciencia, y ellos se alzan con la victoria. Mas el P. Martin, à quien nada favoreciò su naturaleza y sus humores, y à quien la vil chusma de sus pasiones (como el decìa) parecìa haberse conjurado de acuerdo para exercitar con su espìritu la mas dura y perpetua hostilidad; nos descubre lo que puede una alma bien atrincherada de una resolucion vigorosa è invariable: nos averguenza con la constancia de sus oposiciones: con la freqüencia de sus recursos: con no permitir dilapidarse, ni aun por una falta ligera la fabrica de su espìritu, ceñido siempre del santo temor que instantemente renovaba por consejo del Espìritu Santo. (d) *Si non in timore Domini tenueris te, instan-*

(d) *Eccles.* 27. *V.* 4.

tanter esto subvertetur Domus tua. Mira nuestra floxedad como imposible el arribo à la perfeccion; porque el calor que el alma percibe al rayo del Santuario, se disìpa naturalmente con el viento del siglo, de quien somos Ministros, aunque sagrados. La brillantez del mundo, la pompa, la profanidad, el aplauso, y mas que todo la desaforada desenvoltura de nuestra èra, son otros tantos tiranos que aun sobre las aras mismas en que resignamos nuestro reposo, nuestra salud y nuestra vida por nuestros Hermanos, intentan degollar con insolencia el nervio de nuestro espiritu. Eludirlos siempre con aprovechamiento, pareciera posible; si ellos no midieran su porfia con la necesidad que tenemos de tocarlos, de comparecer con ellos dia y noche: pero siendo esto indispensable en nuestro oficio, no puede siempre el alma hallar fuerzas para no solo perder, sino lucrar con ellos. Todo esto bien se hiciera creìble; pero el P. Martin con su

amor

amor à la pobreza: con su horror à la vanidad: con su afecto à la pureza: con su imparcialidad: con su retiro à tiempo: con su recato: con su oracion aun en medio del mundo: con moverse solo à impulsos de la caridad, y caminar siempre sobre aquella maxima del cielo. (e) *Attende tibi ne incidas, et recupera proximum secumdum virtutem tuam*: logrò salir siempre aprovechado, de lo que podìa salir perdido, y desengañarnos en sì mismo de que con todo esto nuestra perfeccion, no solo no es hoy imposible; pero ni aun dificil segun el Nazianzeno. (f) *Non difficile æstimatur quod hodie factum conspicitur.*

La ancianidad y los privilegios son en la Religion un trampantojo con que el amor propio procura siempre adularnos, hasta dexarnos adormecidos en el retrete de la inaccion. El sube de punto el mèrito de las anteriores obras. El nos hace

(e) *Eccles. 29. V. 27.*
(f) *Nazianz. de Sanct. Basil.*

creer que à nadie son mas debidos los inciensos y las adoraciones; y con haber hecho algo en otro tiempo: con haber logrado de algunos aquel tributo, y con que la Religion, como Madre prudente, no execute para el trabajo; hace juzgar bastantemente servidos à la Religion, à nuestra alma, á las de nuestros pròximos, y à todo un Dios. El calificar de òptimo Religioso à qualquiera que en este estado y libertad no se precipita à aquellos excesos de que està el siglo tan apestado; sin dexarnos vèr que este encantador, de hombres hechos, nos và convirtiendo en fantasmas. Pero quien podrà dexarse asì cegar, viendo al P. Martin, anciano, jubilado, casi toda su vida Superior, comprehendido por tantos tìtulos en los privilegios de nuestra Constitucion, enfermo y con tantos cargos dentro y fuera de casa, rehusar las menores exênciones: alternarse con todos en los oficios ordinarios: en la visita de Hospitales y enfermos particulares: tomarse para esto las horas mas repugnantes: ayu-

dar à bien morir hasta en la misma ocasion de ayudarle à èl, porque à un en este trance se veìa constreñido del Voto: responder â los que abogabamos por su descanso con aquella sentencia de Nuestro P. San Felipe Neri y otras: (g) *No puedo: no puedo: porque el cielo no se ha hecho para poltrones. Poco se pierde en que acabe burro que està deslomado.* Aquellas palabras de San Bernardo: (*h*) *Minime certo est bonus, qui melior esse non vult. Por mas que hagamos, siempre quedan en pie nuestras deudas, y à Dios no le quitamos el tìtulo de acreedor.* Lo qual fundaba en aquellas palabras: (i) *Glorificantes Dominum quantum potueritis, supervalebit enim adhuc.* A la verdad son cosas estas que ponen grima al ànimo mas remiso, y que saca los colores à los que nos vèmos en menor exâccion. Sus exemplos sellan nuestros labios para todas nuestras disculpas; y los

(g) *En su vida.* (h) *D. Bernard. Epis. 91. ad Abbat.*
(i) *Ecles. 43. V. 32.*

los que tuvimos la dicha de palparlos, no podemos hacer de ellos reminiscencia , sin sentirnos vivamente impelidos à su imitacion.

Sin embargo de todo lo referido, V. R. harà que en esa nuestra Provincia se le apliquen los acostumbrados sufragios de nuestra Constitucion: y el Señor que en nuestros dias nos puso este despertador , difunda su Santo Espìritu en todos nuestros Hermanos, y à V. R. lo guarde los años que yo deseo, y nuestra Madre la Religion ha menester. Lima 8. de Septiembre de 1770.

M. R. P. Provincial.
B. L. M. de V. R.
Su menor Sùbdito, y apasionado
Siervo en el Señor.
Francisco Antonº Gonzalez
y Laguna.



